



En la Exposición Nacional de Bellas Artes ha sido objeto de muchos y muy merecidos elogios esta nueva obra del joven y laureado escultor Pedro de Torre Isunza. Por el parecido, por la factura del modelado y por el avance que representa en la labor de este notable artista, el busto de la bella señorita de Corujo, será siempre una de las obras más destacadas en la labor, cada vez más admirable, de Torre Isunza

ESCRITORES ARISTOCRÁTICOS

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS, MARQUES DE TORRE HERMOSA

HUBO en los comienzos del siglo actual una generación de escritores diplomáticos que no ha de pasar en silencio el futuro historiador de nuestras letras. Destácanse de este grupoliterario cuatro nombres principales: don Luis Valera, marqués de Villasinda, embajador de Su Majestad católica cerca del Vaticano; don Alfonso Danvila, consejero de nuestra Embajada en la Argentina, don Mauricio López Roberts, marqués de Torre Hermosa, y don Antonio de Zayas, duque de Amalfi, Ministro de España en Bucarest.

El marqués de Villasinda es, ante todo, un narrador y un ensayista. Alfonso Danvila se distingue particularmente como historiador a la manera de los franceses, marqués de Ségur y Pierre de Nolhac. Amalfi es poeta y de los buenos. López Roberts, es, por esencia, novelista.

Don Juan Valera al hacer la crítica de las primeras producciones del hoy marqués de Torre Hermosa, dice: «Muy fundadas esperanzas de que el señor López Roberts será uno de los mejores novelistas de que podrá jactarse España en el siglo presente, nos dan las breves narraciones ya escritas y publicadas por él cuando es muy joven todavía».

Han transcurrido más de veinte años desde que el autor de *Pepita Jiménez* escribió estas líneas. La carrera diplomática no le ha permitido al señor López Roberts consagrarse de lleno y por completo a la literatura. Otras aficiones, como la música, las artes plásticas y el coleccionismo han contribuido también a apartarle de las letras que cultiva siempre con éxito pero con soluciones de continuidad demasiado extensas.

López Roberts es, hoy por hoy, el primero de nuestros realistas y, a mi pobre juicio, el que mejor ha cumplido en su primera manera las obligaciones del novelista para con el público.

No dudo que el señor López Roberts se ha parado muchas veces con devoción ante los bufones de Velázquez. Una curiosidad, entre malsana y compasiva, nos impulsa a querer saber cómo son hasta el fondo en su carácter, en su vida, en sus costumbres, ciertos seres que la sociedad, con razón acaso, juzga poco interesantes, indignos de la más leve atención. En nuestro fuero interno no estamos conformes la sociedad. La curiosidad nos hace oponernos a esa prohibición colectiva de averiguar vidas que socialmente no importan a nadie. Al lado del marqués de Spinola, el conde-duque de Olivares, el Infante Baltasar Carlos, llaman nuestros ojos a contemplación don Antonio el Inglés, el Primo, la Maribarbola...

Los tiempos han cambiado mucho desde Velázquez. ¿Quién piensa ahora en bufones? Pero los seres desdichados, los que recibieron de la naturaleza y de la vida lacras y golpes, subsisten aún y subsistirán siempre. La mujer de cara dura que nos daba miedo de niños, los mil tipos extraños que vemos por la calle en las grandes ciudades, el mendigo que diríase nos hace mal de ojo, la vecina de enfrente o del piso de arriba que lleva existencia misteriosa y de la que se dicen historias tiernas o escalofriantes, son personajes dignos de la novela ya que no de la epopeya. Con instinto parecido al de Velázquez al pintar sus bufones, Mauricio López Roberts ha llevado a las novelas de su primera época esos tipos españoles, particular-

mente madrileños, que nos extrañan y nos dan una sensación muy compleja, inconsciente quizá para la mayoría, y formada con elementos muy varios: miedo, recelo, conciencia de la propia superioridad, prurito de conocimiento como base de la defensa o bien de la compasión sucesiva.

Los escritos que dan la clave de esta primera manera de López Roberts, me parece que no están reunidos en volumen. Me refiero a la ga-

nos tropezaremos con la Prisca de *Un alma pura*, la Clara de *Las de García Tris*, la Felicitas de *La familia de Hita*... No vaya a creerse que el señor López Roberts satisface curiosidades malsanas como los periódicos que relatan al pormenor crímenes monstruosos. Nuestro autor tiene plena conciencia de la dignidad artística. Es un Velázquez con los pinceles de Memling. En su primera época la acción de las novelas sale de los tipos. Los personajes dan vida al relato. Poco a poco, acaso por influencias de su personalidad como compositor de música, va separándose de esta manera hasta llegar en *El ave blanca* al extremo contrario. Aquí los personajes van dominados por la acción, por un pensamiento central, unas miasmas abstracto, que todo lo envuelve.

Los naturalistas—Zola especialmente—nos acostumbraron a que el protagonista de las novelas podía no ser un individuo, sino una colectividad, un edificio, un jardín, un mercado, una mina...

El ave blanca, tiene por protagonista a todo un linaje de nobles señores desde el Diluvio hasta la revolución española de 1868 o pocos años antes. Claro que la historia de los Noé de Laida—que así se llama la familia de referencia—está contada muy a grandes rasgos y saltando los siglos en que, a juicio del novelista, nada ocurrió digno de ser consignado. Además, los Noé, por vivir en una torre solitaria, allá en el país vasco, se relacionan poco con la sociedad de su tiempo respectivo, lo cual dispensa al señor López Roberts de trazar con detalles la evolución de ideas, costumbres y estado social a través de los siglos. Por casualidad se entera el lector de los años que van transcurriendo. Los advierte ya un retrato de Goya, ya el veraneo de Isabel II en Lequeitio, ya algunas incidencias de la guerra carlista.

El «ave blanca» que da título al volumen, es un pájaro de mal agüero, cuya presencia anuncia desdichas a los Noé de Laida.

A decir verdad, el funesto pajaraco influye poco sobre el destino de los Noé. Su aparición coincide con la muerte de algunos individuos de la familia, en particular tratándose de damas interesantes

por sus sentimientos, su inteligencia y sus acciones. Pero ¿en qué se distingue esta superstición legendaria de otras parecidas que abundan en los Tratados de ocultismo?

Bien conocidos son el Big Ben de los Reyes de Inglaterra, el cuervo de los Habsburgos, la dama vestida de blanco de los Hohenzollern y otras supersticiones de que habla en la *Historia de «su» vida* la Princesa Luisa de Sajonia.

El autor no domina lo escalofriante, y lo mismo el «ave blanca» que se escapa de un tapiz—influencia visible de Edgar Poe—, que el desdoblamiento de don Tancredo proyectando su «cuerpo astral» a unas leguas del sitio en que se halla, no llegan a helarnos la medula como la «mujer alta» de don Pedro Antonio de Alarcón.

López Roberts está más en su terreno cuando el fondo se ajusta a la serenidad clásica de la forma y corre la acción por las cauces del sano realismo aprendido en Cervantes.

El ave blanca revela a un clásico para, quien la vida moderna tiene sentido. Clásico, por la textura del lenguaje; clásico, por la sobriedad de la expresión, la cual no toma elementos



El ilustre escritor y diplomático don Mauricio López Roberts, marqués de Torre Hermosa.

Fot. Franzen.

lería de «Gente que anda por Madrid», publicada en *Blanco y Negro*. ¿Quiénes eran la «mujer bigotuda», Cecilia, la ciegucecita del Palacio de Riera, los otros tipos que llamaban la atención y despertaban la fantasía del señor López Roberts? Los residuos sociales que fueron en el siglo XVII bufones velezqueños, formaron en el XIX la cantera viva que dio a Galdós materia para no pocos de sus personajes novelescos y se aparecieron a López Roberts como modelos de sus admirables retratos.

¿Quiénes son estas gentes?, vuelvo a decir. No hemos de preguntárselo a ellas, ni emprender una información policíaca, ni molestar a nuestros amigos o conocidos con interrogaciones impertinentes y ridículas. El novelista es el encargado de satisfacernos esa curiosidad. Por eso dije que López Roberts ha cumplido mejor que nadie las obligaciones del novelista para con el público.

La «Gente que anda por Madrid» enseña el procedimiento que usa López Roberts para escribir novelas. Un poco más de estilización, un avance en la abstracción para formar el tipo general desligado ya del que le sirvió de origen y

de otras artes como la Pintura o la Música; clásico, por el tino con que remata el dibujo de personajes, situaciones y escenas, dejando poco o nada a la imaginación de los lectores; clásico, porque dice más que evoca, y procura ganar en profundidad lo que trata de perder en amplitud, Mauricio López Roberts, ha mirado en su última novela más el estilo que el nervio de la producción. El lenguaje depurado, sencillo, sin ampulósidades ni grandilocuencias, más castizo

en la sintaxis que en el léxico, domina en *El ave blanca* los factores internos de la obra: acción, caracteres, naturaleza, medio social, psicología de personajes y de costumbres. No existe una acción principal, y lo que va ligando unos acontecimientos a otros, es el pertenecer los actores a una misma familia. Pero el estilo lo magnifica todo, y hace de esta colección de episodios y vicisitudes de un linaje hidalgo, una obra literaria de las que se leen

con gusto en cualesquiera ocasión y momento.

El camino emprendido acaso lleve a López Roberts a escribir novelas o ensayos que sean por su factura poemas wagnerianos con sus «motivos conductores», más o menos acusados en la orquesta. Está para ello en condiciones magníficas, pues domina como pocos nuestro idioma.

LUIS ARAUJO COSTA

UNA FECHA MEMORABLE

CUANTOS siguiendo el camino de Florencia, de Siena y de Radicofacio, lleguen, en la noche del 28 del mes este de Junio, a Roma, verán asombrados desde mucho antes de entrar en la Ciudad eterna, la fantástica guirnalda de tuego que corona la cúpula de San Pedro... ¡La visión de Roma, en el misterio de la noche, y en la víspera de su fiesta por excelencia, la fiesta de su primer Papa, Cefas, Simón Pedro; de Roma, «a quien pertenece providencialmente, —dirá Bossuet, en su *Discours...*— el cetro del universo, en los días antiguos, y el cetro, aun más esplendoroso, del espíritu, en los días nuevos»; de Roma, la capital gloriosa del orbe cristiano, la reina y dominadora de las gentes, que caen antes o después de la Cruz, la Ciudad, única, sin rival posible sobre la tierra, y sin ejemplo idéntico en el transcurso de las edades todas, y donde en medio de tantas y tan ciclópeas ruinas, todo es grande, todo inmortal, todo glorioso!

¿Y qué es, qué, lo que ha dado esa incomparable inmortalidad a Roma? Pues fué solamente una palabra, —pero qué palabra!— que resonó un día por los caminos de la tierra mesiánica, diciéndole a un pobre pescador de Galilea; *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...* «Y los cielos serán deshechos como liviano humo; —dice Isaías, —y la tierra envejecerá, como ropa de vestir, pero la palabra de Dios permanecerá siempre.» *¡Tú eres Pedro...* Y así, Macaulay, el más grande de los historiadores modernos, el protestante Lord Macaulay, pudo escribir, en el pasado siglo, en la *Edimbourg Review*, estas palabras: «no existe sobre la tierra, no ha existido nunca una obra de política humana tan merecedora de examen y de estudio, como el Papado... Cuando en las edades de lo porvenir algún viajero, llegado de la Nueva Zelanda, parándose en medio de soledad inmensa, y descansando sobre un arco roto del puente de Londres, se detenga para diseñar las ruinas de San Pablo, evocando el recuerdo de glorias que fueron, aun será grande, aun será respetada esta augusta dinastía apostólica, que ha visto el comienzo de todas las sociedades y de todas las instituciones que hoy existen, y que habrá de ver, también, su acabamiento.»

¡Ah!... «¿Quién se acuerda hoy de la Casa de Este?», preguntaba en el primer tercio de la última centuria, un poeta insigne visitando a Ferrara... «¿Quién, de los Obizzo, de los Nicolás, de los Hércules? ¿Qué nombres quedan en sus palacios? ¿Y dónde, donde se han ido—pregunto yo,—las repúblicas italianas, gloriosísimas y cristianísimas, que educaran el sentido estético de la humanidad? ¿Dónde, los reinos bárbaros, surgidos de entre las ruinas del romano Imperio; y aquellas tribus, aquellas razas, que se postraban a los pies del Papa, en el ocaso de la edad gentilicia, con las albas túnicas de los catecúmenos, en requerimiento del bautismo? ¿Dónde, los Capetos y los Borbones de Francia, y los Hoenstaufen, y los Haubsburgos, y los Baviera de Alemania, y los Plantagenet de Inglaterra, y los Romanoff de Rusia, y el Sacro Romano Imperio, y el Imperio Napoleónico; y tantos cetros y coronas, y tantos hombres e instituciones que creíanse y disputábanse a sí propias, tan fuertes e incommovibles como lo eterno? *Transivit, et ecce non erant.* *¡Tú es Petrus, et super hanc petram!*... Y contra esa piedra misteriosa, más alta que la montaña de Sión, e indestructible sobre sus cimientos de granito, nada pueden, nada, ni el furor implacable de los hombres, ni la acción devastadora

de los siglos. Porque esa piedra, no se moverá jamás...

¿Y qué sucedió hace más de diez y nueve siglos, en esos sitios, en esa sacra Roma, del mundo eterno lume, como cantó Chiabrera; Roma a quien la universal historia saluda, ante cuyas tumbas se arrodillan todos los pueblos del planeta, eterna en el amor, en la veneración y en la admiración de la mejor parte de la humanidad? ¿Qué sucedió, en esa fecha memorable, que hoy conmemora la Iglesia católica, al celebrar la fiesta de San Pedro? ¿Qué sucedió en Roma, en esa Roma que Chateaubrian contemplaba, añorando, ensoñando, tal día como ese, al claror de la luna, y viendo desde lo alto de la Trinidad,—del Monte—«cómo los lejanos edificios aparecían cual boceto de un pintor, o cual las costas nebulosas vistas desde la mar, a bordo de una embarcación...» y «cuando el dulce astro de la noche paseaba sus rayos melancólicos sobre la Ciudad de los oráculos, e iluminaba las desiertas calles, las tristes plazuelas, los jardines de ensueño, los monasterios donde se oía la voz de los cenobitas, los religiosos claustros, y las gigantes ruinas del Coliseo? ¿Qué sucedió en la sazón esa, vuelvo a decir? ¡Nada, apenas nada!... Que por esos caminos,—tantas veces hollados por las cesáreas legiones victoriosas,—que a la Ciudad conducen, vino, un día, reinando el emperador Nerón, un pescador paupérrimo y obscurísimo. ¡Nada, casi nada!... En las remotas plaxas de Cesárea había dejado abandonadas para siempre su barquichuela, sus remendadas redes. Y solitario, peregrino, anduvo mucho tiempo, jornada tras jornada, sosteniendo con una mano la Cruz, y apoyándose con la otra en un báculo... La edad y la penitencia habían encorvado mucho su cuerpo... Solo, desafió a Roma, y le presentó batalla. ¡Qué espectáculo!... Roma tenía emperadores omnipotentes, que imponían silencio al mundo... Mas cuando el pescador quiso, Roma cayó, como caen las espigas bajo la hoz del segador. Y un extranjero, un hostes, un judío, sin otras armas que la palabra que ponía en sus labios el *Deo ignoto*, a quien él anunciaba,—muerto allá en Oriente, en tierra de Judea, entre dos ladrones, enclavado en una cruz,—se instaló en el sitio mismo donde hoy se levanta el Vaticano. ¡Qué fecha!... «Y desde aquel día, la Cátedra de Roma comenzó a hablar, cuando los oráculos enmudecieron»; como escribió un orador realmente apocalíptico, del pasado siglo, si, *apocatóptico*, al revés de nuestros más acreditado scharlatanes de ahora, de asambleas, de congresos, de mitines, de conferencias, de teatros... ¡y de todas partes! Y habla hoy, y proseguirá hablando, hasta el día en que sean consumados todos los tiempos. ¡Qué fecha, que sirve de límite y de divisoria a dos mundos, la de la venida de San Pedro a Roma!

Y un sacerdote inerme, anciano, sin ejércitos que enviar al combate, sin alianzas formidables que le protejan, sin estados sobre los que reinar, es hoy,—¿no es cierto?—la suprema autoridad moral de la tierra. ¡Inerme, venerable anciano, a quien no se le presentan, no, las llaves de las ciudades conquistadas, ni capitulaciones escritas con sangre, muchas veces; sino enfermos a quienes curar, aflitos a quienes consolar, niños humildes, y nuevos esposos, a quienes bendecir, extendiendo sobre éstos sus manos pacíficas, o tomando a aquéllos de los brazos de sus madres; o peregrinos, que a Roma vienen de lejanas tierras, ensoñando con el anciano sacerdote, vestido de blanco, el hombre

más grande entre los hombres todos, que proclama, *urbi et orbe*, y como dijo un célebre apologista, «sobre el poder de las espadas y de los cetros todos de la tierra, la superioridad incontrastable de la fuerza del débil, sostenido por las promesas inmortales de *Agnel* que lo enviara»!

«Y la historia de las sociedades modernas,—ha dicho Chateaubrian en sus *Mémoires*,— comienza, al comenzar la historia del Papado. Pedro, Obispo de Roma, lo inició. Tribunos, dictadores, sucesivamente elegidos por el pueblo, y la mayor parte de las veces, de entre las clases más oscuras de ese mismo pueblo, los Papas debieron su poder temporal al régimen genuinamente democrático, a la nueva sociedad de hermanos, *verdaderos hermanos!*, que había venido a fundar Jesús de Nazareth, humilde artesano en un taller de carpintero, y, no obstante, verdadero Dios, e Hijo de Dios». Y los Papas recibieron de Cristo Jesús, la misión divina de vindicar y mantener contra todas las tiranías, viniesen de donde viniesen, los derechos del hombre. Y dueños y árbitros de la opinión humana, del sentimiento humano, aunque débiles, según el mundo, obtuvieron la necesaria fuerza para destronar a los reyes más poderosos de la tierra, con una palabra, con una idea. El, el Papa, marchaba al frente de la civilización, en tiempos nefastísimos, adelantándose a los siglos. El representaba en Europa, y él sólo la representaba, la independencia política, destruida entonces en todas partes. El fué, y únicamente él, en el mundo bárbaro, el defensor y propulsor de las buenas libertades populares; como fué asimismo, en el mundo moderno, el restaurador altísimo de las ciencias, de las letras, de las artes. Y la ley electoral más antigua del mundo, es la ley en virtud de la cual el poder pontificio ha sido transmitido al sacerdote sabio y buenísimo, que hoy ciñe la tiara, al Papa Pío XI. Subid, subid desde Pío XI, de Papa en Papa, hasta los Papas mártires, hasta los Papas santos, inmediatos a Cristo, «y hallaréis que el primer anillo de la cadena pontificia,—dice un egregio pensador francés,—no es un hombre, ¡es un Dios!»

¿Y cuál el secreto de ese triunfo, inaudito, del pescador Pedro, sobre el mundo del paganismo, en sus días más álgidos? ¿Cuál?... Pues éste, nada más que éste, aparte de las célicas e indefectibles promesas, de que antes hablaba; la fuerza íntima, misteriosa e invencible,—iba a decir, omnipotente,—que dan al Papa,—llámese él como se llame,—los tres grandes y singulares principios que, para mí, constituyen la esencia de la civilización católica; son a saber, «Si alguno quiere venir en pos de Mí, tome su cruz, y sígame»; «Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros, como yo os he amado, y en eso conocerán todos que sois mis discípulos»; «Sed perfectos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos». Y así, cuando suena la terrible hora semi apocalíptica, cuando viene sobre la cesárea Roma aquel pavorosísimo diluvio de las razas bárbaras, las de la larga cabellera tendida al viento, las de la fulminea mirada, que despide rayos, las de los labios tintos en sangre, ellas, las feroces, las indomables e irresistibles, cual fieros oleajes de la mar, puesta en tumulto; a las puertas de la ciudad eterna, y ante las plantas de un humilde sacerdote, de un Papa, arrojarán sus armas, depondrán sus furros espantables, y caerán de hinojos, trocando los aullidos en bendiciones, pidiendo el bautismo, y entonando el *Credo in unum Deum* del concilio Niceno.

Y de esta suerte triunfará Pedro, triunfará el Pontificado romano, a través de los siglos, en todas las más solemnes crisis del espíritu. Recordad sus triunfos en el siglo XIII, que realizó tal vez como ningún otro siglo, las palabras del Apóstol: «*Instaurare omnia in Christo, quae in caelis et in terra sunt.*» ¿No fué el Papa, en plena Edad-Media, no fué en ese siglo, cúspide luminosa de ella, el noble y abnegado defensor de los desvalidos, el refugio de cuantos han hambre y sed de justicia, la fortaleza, y el aliento de los que combaten las batallas de *El*; y de otra parte, no pugnó denodadamente, gloriosamente, contra el platonismo filosófico, y contra el paganismo práctico, contra el fatalismo propagado por la cimitarra de los árabes, y contra el cesarismo de Alemania, propagado por las pretensiones de los Hoenstauffen; y siempre la roca firme e inexpugnable, contra la cual vinieron a morir todas las más fieras borrascas de aquella época?

¿Y luego?... En frente de la orgía pagana del Renacimiento clásico,—diga lo que quiera aquél que fué mi amigo y mi maestro, el ilustre Menéndez y Pelayo,—mirad, mirad cómo se yergue, el Pontificado de Pedro,

sicut viburna inter cupressi,

resucitado portentosamente los mejores días de sus grandezas medievales. ¿Qué? Las glorias más puras e inmarcesibles de los siglos XVI y XVII, ¿no son todas ellas glorias católicas? ¿No son católicos, entonces, los pintores más sublimes,—Joh, Rafael, Miguel Angel, Guidó de Reni, el Dominiquino, Velázquez, Murillo, Juan de Juanes, Theotókópulos, Ribera, Claudio Coello!—y los poetas más excelsos; y los músicos más inspirados, «que parecían haber halla-

do en el polvo de las edades muertas,—dice alguien,—los acentos de David o de Jeremías;» y las almas, legión de ellas, prodigio insigne de santidad; y los heroes, y los políticos, y los filósofos; y todo lo que hubo de grande, de bendito, de bello, de admirable, en la época esa?...

¿Y ahora? ¿Ahora?... ¿Quién, el que se sienta en la cátedra de San Pedro, puesta en verdad, más cerca de los cielos que de la tierra? ¿Qué Papa, nuestro Papa. Pío XI!... Su noble y bondadosa presencia, ¿no es cierto que acalla, súbitamente, el fragor de los tumultuados oleajes de muchas malas pasiones? Sus ojos, cansados, tristes, tras de los lucientes espejuelos ¡con qué tiernísimo amor de padre miran a los hijos del hombre, *sin acepción ninguna de personas!* Su palabra, ¡qué dulces, qué célicas resonancias, tiene en lo más íntimo del corazón de quienes la escuchan, y *la guardan!* Y su bendición, su pontificia bendición, ¡cuál consuela y esperanza al espíritu; su bendición, que penetrará en todas las regiones del planeta, «hasta en aquellas,—dice un orador,—que se creen más emancipadas de la Iglesia; en Inglaterra por los irlandeses, en Rusia por los polacos, en Alemania por los bávaros, en la América sajona por los Estados del Sur; en todo el mundo por las antiguas colonias portuguesas y españolas, fundadas a la sombra de la Cruz!...»

¿Pío XI!... vestido con la blanca veste, columbina; con las llaves simbólicas en las manos; elevando al cielo, al alto cielo, sus ojos esperanzados, murmurando oraciones, y decretando, desde su Sede encumbradísima vaticana,—¡la cima moral más alta del mundo!—lo justo, lo bueno, lo santo, lo que orienta y salva lo mismo a las almas que a los pueblos.

¿Pío XI!... padre de doscientos cincuenta millones de católicos, agrupados en torno de su trono, «que, de todas partes de la tierra,—escribe mi ilustre y admirado amigo, el Cardenal Mercier, en *Le Papeauté*,—le envían el homenaje de su fe, de su amor, de su sumisión, talmente filial». Sentimientos, estos, que hoy deben ser rendidos con más ternura, en esta fiesta del Pontificado. Elévelos al Papa, los de los católicos e ipañoles, su dignísimo representante entre nosotros, el Arzobispo de Lepanto, y Nuncio Apostólico, monseñor Federico Tedeschini, Hermano nuestro es, el señor Nuncio, por la religión y por la Patria; porque hermanas son también las dos penínsulas, amadas de la luz y de las flores, España e Italia. Vino, monseñor Tedeschini, al solar hispano, precedido de muy alta y merecida reputación, que ni por un sólo instante se ha eclipsado aquí; muy al contrario. Su nombre, se pronuncia con respeto, y estimación y afecto, ¡con entrañable afecto!, en todas partes. El Papa, le honra y le distingue, confiando en sus dotes bien probadas y aquilatadas, de sabiduría, de prudencia, de singular bondad. La universal Iglesia, le considera ya como a una de sus figuras más preclaras, en los actuales tiempos. También, también en España, ha encontrado el señor Nuncio, como en su Italia, corazones que bien le aman... ¡No es un extranjero, pues, aquí, monseñor Tedeschini; es un español más, y muy conspicuo! Sea él, por eso, quien se digne elevar al soberano Pontífice, Pío XI, los votos sinceros de los católicos españoles, por el bien de la Iglesia y del Papa, bien que es, a la postre, el bien de la civilización, el bien del mundo.

ADOLFO DE SANDOVAL.

Junio, 1924.

NUESTROS LÍRICOS CONTEMPORANEOS

L A M O N J A

En la sombría estancia de un convento
a una monja muy blanca,
de blancura de cera,
preparando de Dios el Nacimiento,
oí rezar ayer de esta manera:

Dios que estás en los cielos;
Dios tan justo en castigos
y pródigo en consuelos:
yo me cubrí por Vos con estas tocas,
que ocultan hoy mi rostro,
huyendo acobardada de los hombres
que con mirar lascivo
ansiaban la belleza
de esta pobre mujer
que con fervor te reza.
¡Mi rezo es de vencida!
Yo me aparté del mundo en plena vida
y a tus plantas llegué llena de amores
huyendo de aquel mundo de martirios,
de gritos y dolores,
de odios y de engaños,
de vanas ilusiones,
de pérfidas pasiones,
de horribles penas y tristes desengaños;
y a tu Cruz me abracé,
cobarde y ciega,
por miedo a ser vencida en la retriega.
¡Perdonadme, Señor, mi cobardía
por negarme a llevar sobre mis hombros
la Cruz del sacrificio
que por mí Tú llevaste en la agonía!
Perdonadme, Señor,
si al faltarme la Fe del sacrificio
fui a buscar en tus brazos redentores
una tranquila paz y unos amores
que el alma me llenaran de consuelos
y el pecho de esperanza,

para tranquila, y sin dolor alguno,
con la conciencia limpia de pecado
escalar las alturas de los cielos
y eternamente estar junto a tu lado.
Engañada pasé toda la vida
desterrando el dolor sin acordarme
que por mí Tú sufriste, y a Tí debo
ofrecerte mi amor y sacrificio.

Sentir la tentación que el mundo ofrece
y arrancarla del fondo de mi pecho
levantarte un altar, esto sería.
¡Apartarme del mundo es cobardía!
Es buscar una paz que no tuviste
mientras al hombre redimir quisiste.
Humilde y resignado
entregaste tu cuerpo a la tortura
cargado con la Cruz de la amargura
para a todos librarnos del pecado.
¡Derramando tu sangre
nos enseñaste a Dios
y amarnos y a sufrir nos enseñaste!
¡A todos nos amaste!
¡Jesús, yo creo en Vos!
¡Yo, como Tú, sobre mi espalda debo
sentir el peso de tu Cruz divina
con la cruz que al nacer
el mundo a cada uno nos destina!

No separarme de ella ni un instante
hasta pagarte, sin mostrar cansancio
ni dolor ni flaqueza
el horrible martirio que sentiste
al coronar de espinas tu cabeza.
¡Todo, todo por mí, Jesús bendito:
por mí y por mis hermanos lo sufriste!
Yo quiero igual martirio
ofreciendo mi cuerpo a la tortura;
caminar entre abrojos por el mundo

como Tú caminaste
por la empinada calle de Amargura.
Que la hiel que pusieron en tus labios
también mi boca amargue,
y sangren mis rodillas,
y el humano furor, nunca saciado,
castigue mi pecado
cuando sus iras sobre mí descargue.
Pagarte quiero tu dolor sufrido
sufriendo las miserias de la vida
junto al dolor humano
y la pena sentir cuando la sienta
el dolorido pecho de un hermano.
No apartarme de él, y siempre amarle;
queriéndole y haciendo que me quiera;
perdonando sus culpas si me hiere,
y me perdona cuando yo le hiera.
¡Perdóname ahora Tú!
Perdona mi pecado
si al acercarme a Tí busqué la calma
temerosa de un mundo de dolores
que yo debo sufrir, como sufriste
del mundo los dolores.
¡Perdona mi egoísmo!
No castigue tu mano redentora
a esta pecadora,
que si volviera al mundo de los males,
abandonando de esta paz tranquila
las horas de ventura y de sosiego,
buscaría el sufrir para pagarte
con lágrimas de fuego.

.....
Así reza la monja
del vetusto convento
mientras prepara grave
de Dios el nacimiento.

AMPARO ESCRIVÁ.

DE LA FAMILIA REAL ESPAÑOLA S. A. R. EL INFANTE DON FERNANDO

HONRAMOS hoy esta página reproduciendo uno de los últimos—y por cierto excelente—retratos del Infante Don Fernando de Baviera y Borbón, que con ocasión de la reciente visita de los Reyes Víctor Manuel y Elena de Italia, ha demostrado una vez más las altas cualidades que en él concurren para ostentar la representación de Don Alfonso XIII.

En Austria y en Alemania, con motivo de diversas ceremonias oficiales, hace algún tiempo, y en Chile y otras repúblicas hispano-americanas, hace un par de años, el Infante Don Fernando, ligado a nuestro soberano por doble lazo de parentesco, ha sabido dejar un gratisimo recuerdo de sus visitas, haciendo honor a la augusta representación que ostentaba.

Al venir ahora los Reyes de Italia fué designado también Don Fernando por nuestro Rey, para que, en su nombre, acudiese a alta mar a dar la bienvenida a los regios visitantes. Su Alteza acompañó,—hizo los honores,—a los Reyes Elena y Víctor Manuel en Valencia y—luego de su estancia en Madrid,—durante su permanencia en Barcelona. El Infante dijo el adiós de despedida a los

Soberanos amigos y, cuando ya solo, regresó a Madrid, pudo tener la legítima satisfacción de haber llenado cumplidamente su cometido. Con ocasión de este viaje, Su Alteza ha sido objeto de

una alta distinción por parte del Rey de Italia: la concesión del collar de la Annunziata, que es la orden equivalente en importancia a nuestro Toisón de Oro. Solo el Príncipe de Asturias y el Infante Don Fernando han recibido ahora en España este honor, así como Don Alfonso XIII había concedido el Toisón al Príncipe de Piemonte y al Duque de Génova, cuando él y la Reina Doña Victoria fueron a Italia.

Ahora nuestro Monarca ha hecho otras tres concesiones del Toisón de Oro, con ocasión del cumpleaños del Príncipe de Asturias: uno al heredero de la Corona, otro a su agosto hermano el Infante D. Jaime y el tercero al Infante D. Luis Alfonso de Baviera y Borbón, primogénito del Infante Don Fernando y de la malograda Infanta Doña María Teresa.

El Infante Don Fernando, general que es exacto cumplidor de sus deberes y hombre cordial, sencillo e inteligente, goza del afecto y la simpatía de cuantos le tratan. Así es lógico que con motivo de las últimas mercedes regias recibidas por él y su agosto hijo, hayan llegado al Palacio del Infante innumerables felicitaciones, que forman un efusivo homenaje de cariño.



S. A. R. el Infante Don Fernando de Baviera y Borbón.—Fotografía Antsa

EL "ALMA MATER" DE SALAMANCA LA GLORIOSA ESCUELA SALMANTINA

POR un fenómeno natural de ilusión, de verdadero espejismo espiritual, cuando no conocemos una población y oímos hablar de ella con gran encomio, enalteciendo sus prestigios, ponderando sus bellezas artísticas, llegamos a formarnos de ella una imagen propia, caprichosa, cual si la hubiésemos admirado en sueños, rodeándola de los más altos atributos. Muchas veces, la ilusión va más allá de la realidad, y cuando nos encontramos en presencia de ésta, sufrimos un leve desengaño. Otras veces, la realidad sigue siendo superior al ensueño. Y este es precisamente el caso de la culta y liberal Salamanca, la vieja Atenas española.

Tantas grandezas y primores nos contaron los libros de la ciudad castellana, de sus admirables monumentos, de su insigne Universidad; tantas maravillas es c u chamos también a los que tuvieron la fortuna de gozarlas y comprenderlas, que al visitarla por primera vez, sentimos un íntimo temor de sufrir una decepción. Pero el temor resulta infundado, porque antes que desvanecerse, más bien parece que se afirma y agranda la ilusión. Un remoto sentimiento romántico, el amor a lo arcaico, la admiración a lo pasado, nos hace desear encontrarnos, en la vieja Salamanca universitaria, con



Torre del Clavero.

un incendio. Y se nos antoja entonces como una población ideal, maravillosa, creada en un mágico sueño de gloria por el arte del Renacimiento...

Vano y triste empeño fuera querer encerrar dentro de los límites estrechos de un artículo la visión fastuosa de la ciudad salmantina. Sin hablar de la insigne Escuela y de la maravillosa Catedral, cada una de las cuales mereciera un extenso volumen, son tan admirables sus monumentos todos, tan importantes dentro del conjunto soberano de la capital, que el que menos es digno de un largo estudio. El magnífico convento de San Esteban, con su hermosa portada y su espléndido claustro, que es uno de los templos más bellos de España; el palacio de Monterrey, perteneciente a la casa ducal de Alba, con sus elegantes torres y su soberbia crestería; la casa famosa denominada de las «Conchas», sin par en España, con sus rejías de primorosa labra, que son toda una representación del arte de la rejería española; el Colegio mayor de San Bartolomé, la original y bella torre de Clavero, el Colegio de los Irlandeses, con su patio monumental; el magno edificio de la Clerencia, la mágica Plaza Mayor, la más bella y artística de España... Es todo un Museo de singulares monumentos, gloria de la ciudad y en su mayor parte honor del arte del Renacimiento.

La más insigne institución de Salamanca, su más alto blasón de nobleza, es la gloriosa Universidad, que ha sido el cimiento de toda la ciencia española, «una de las cuatro lumbreras del mundo», según la llamó un Pontífice, digna competidora de Oxford y Cambridge. Mas no es título de honor para la ciudad salmantina, sino para España y para el mundo, ya que la ciencia no reconoce fronteras y es patrimonio de la Humanidad.

La «Escuela» salmantina, que fué cerebro de España y aun de Europa, era el alma y la vida toda de Salamanca. Cuanto era y es la insigne ciudad a su Universidad se lo debe. Los poetas, los filósofos, los historiadores, los jurisconsultos, todos los hombres de ciencia y de letras del siglo de oro, en aquellas claras fuentes de sus aulas bebieron la sabiduría. En los siglos XV al XVII, la ciudad entera parecía como un gran establecimiento de enseñanza, al que acudían estudiantes de toda España y casi de todo el mundo conocido. Las lenguas y dialectos que allí se hablaban daban la sensación de una nueva torre de Babel. La industria y el comercio de los estudiantes y por los estudiantes vivían. Las casas de la ciudad dedicábanse a hospedarlos, en su mayor parte.

En 1509 contaba la Universidad con 70 cátedras: diez de Cánones, diez de Leyes, siete de Teología, siete de Medicina, once de Lógica y Filosofía, una de Astrología, otra de Música, dos de Hebreo y de Caldeo, cuatro de Griego y diez y siete de Gramática y de Retórica. De diez a doce mil estudiantes concurrían a cursarlas a mediados de la XVI centuria. Así desfilaban por las famosas cátedras las figuras más eminentes de aquel tiempo y del siglo XVII, como también muchas de las que brillaron con luz propia en épocas sucesivas, aunque la Universidad se encuentra en período de decadencia.

No precisan los historiadores la fecha en que la Universidad fué fundada. Solamente se sabe que fué creada por el Rey Alfonso IX de León, movido acaso, según la tradición por los celos que le produjera el ver cómo su primo Alfonso VIII de Castilla fundaba en Palencia la primera Universidad española. Quadrado dice que la salmantina no debió ser fundada antes

de 1212, y según el mismo historiador la marca más antigua que en el edificio se encuentra es el escudo del Papa Pedro de Luna, gran favorecedor de aquélla, colocado sobre la puerta situada frente a la Catedral.

El primer privilegio otorgado a la Escuela, después de la creación de ésta, fué dado por Fernando III el Santo, en 1243, confirmando los usos y franquicias anteriores y erigiendo el Tribunal académico. Pero la Universidad tuvo sus más insignes valedores y protectores en el sabio Rey Alfonso X, que en 1252 asignó sueldos a los profesores, y luego en los Reyes Católicos. También los Pontífices le prodigaron consideraciones y mercedes, entre ellos Inocencio IV, Alejandro IV, Bonifacio VIII, Clemente V, Juan XXII y el ya citado Pedro de Luna, especialmente.

En los tiempos del Rey Sabio comenzó ya el auge de la Universidad salmantina. Sus maestros más eminentes contribuyeron a la formación y recopilación de «Las siete partidas», maravilloso monumento legislativo, de perdurable memoria, cuya autoridad en bastantes aspectos no ha podido extinguirse, y que tanto enaltece el excelso nombre de Alfonso X. Los estudios astrológicos, a los que tan aficionado era éste, alcanzaron gran predicamento. El sabio Monarca, que tanto descuidara las cosas de la tierra por atender a las del cielo, según los historiadores, dispuso que los astrólogos de la Escuela salmantina sometieran a reglas sus cálculos astronómicos, por ello se formaron entonces las famosas «Tablas Alfonsinas», y aunque en la elaboración de las mismas intervinieron otros maestros, de Escuelas distintas, lo cierto es que de Salamanca procedía la mayor parte de los sabios que realizaron tales trabajos, los cuales examinaba Alfonso X en la imperial ciudad de Toledo.



Palacio de Monterrey.

dotaron espléndidamente su magna biblioteca, que atesora enormes riquezas, de las cuales se han admirado muestras valiosas en la Exposición de Códices miniados de la Sociedad de Amigos del Arte; a los insignes Monarcas debiérouse también otras mercedes y privilegios.

Figuras gloriosas de la Escuela en la XV centuria fueron el gran Cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros, el P. Bartolomé de las Casas, el maestro Antonio de Nebrija, que por encargo de la Reina Católica escribió la primera Gramática castellana; Fray Diego de Deza, que en la Escuela salmantina patrocinó los proyectos de Cristóbal Colón para el descubrimiento del Nuevo Mundo; Fray Domingo de Soto, dominico de San Esteban, que sostuvo contra Sepúlveda, que defendía la esclavitud, la doctrina cristiana de los derechos del hombre; Hernán-Cortés, guerrero tan excelso como desapicado estudiante, y Fernán Pérez de Oliva, el primer historiador de Colón.

En los siglos XVI y XVII aparecen como ilustraciones en los anales de la Escuela el insigne Fray Luis de León, poeta y teólogo; Arias Montano, cuyo nombre va unido a la segunda Biblia políglota; Santo Tomás de Villanueva, el teólogo Melchor Cano, que dió fama a su nombre en el Concilio de Trento; Francisco Sánchez, el famoso «Brocense»; Covarrubias, el maestro Pedro Ponce, el primero que hizo hablar a los mudos; el músico ciego Francisco Salinas, que fué maestro de música en Salamanca y en Italia y que escribió «De musici, libro VII», con los que se hizo célebre; el médico de Carlos V, Francisco de Villalobos; Saaveira Fajardo, Hurtado de Mendoza, Ambrosio de Morales y Esteban Manuel de Villalobos, con muchas otras eminencias.

En épocas posteriores, y en plena decadencia de la gloriosa Escuela, y en la presente se destacaron el poeta Meléndez Valdés, Iglesias de la Casa, Pérez de Herrera, Sánchez Maíllo, Bartolomé José Gallardo, Juan Nicasio Gallego, Quintana, Sánchez Barbero, Muñoz Torrero, el cardenal Cuesta, Madrado, Martín Herrera, Pérez Pujol, Sánchez Ruano (El Charro), Rodríguez Pinilla, Alvarez Gil Sanz, Ventura Ruiz Aguilera, García Brrrado, Gil Robles, Hernández Iglesias, Bugallal, Gabriel y Galán, Unamuno, Maldonado, Dorado, Esparabé, García Maceira, y tantos más, dignos de recordación.



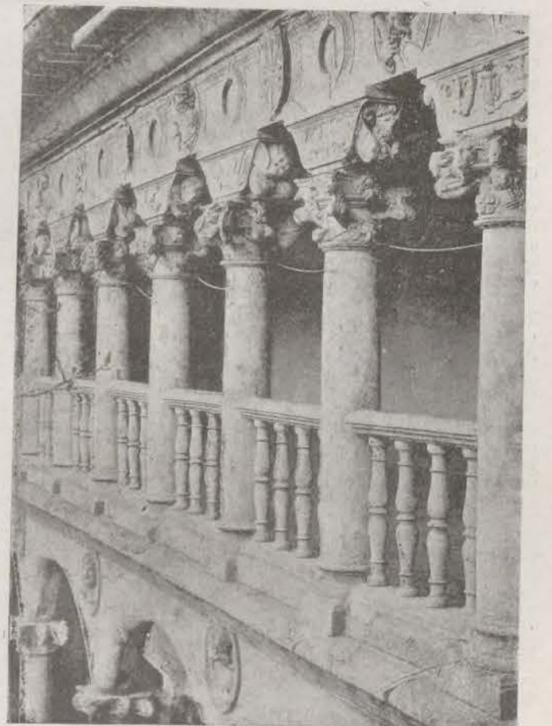
Puerta de la Iglesia de San Esteban.

Las aulas de la Universidad no bastaban para contener tanta ciencia, y menos a tan enorme población escolar como se reuniera en el siglo de oro, y fué necesario procurar su expansión en otros institutos unidos a aquélla. Por esto nacieron y se desarrollaron al amparo de la Escuela, entre multitud de Colegios menores, los cuatro llamados Colegios mayores: los de Cuenca y Oviedo, así nombrados, porque los fundaron obispos de aquellas diócesis; el del arzobispo Fonseca, y el famoso de San Bartolomé, fundación del cardenal Anaya, cuyas normas copiaron todos, como también el de San Gregorio, de Valladolid, y el fundado en Alcalá por el cardenal Cisneros. Florecieron también los Colegios de las Ordenes Militares, de cuyos edificios hemos visto el de Calatrava, donde aun existe una institución de enseñanza, en la que estudió el ilustre y malogrado poeta salmantino Gabriel y Galán. Compréndese por estas ligeras notas cómo fué Salamanca uno de los grandes centros de saber del mundo, acaso el primer emporio de la ciencia de su tiempo.

La rica y gloriosa Universidad ha perdido en los tiempos modernos su poderío. Pero sigue siendo siempre blasón de honor para la ciudad del Tormes. Como antaño, se puede seguir diciendo, con el vulgo, que «el que quiera saber, que



Fachada de la Universidad y estatua de Fray Luis de León.



Claustro del Convento de Dueñas.

vaya a Salamanca...» Pero a la insigne ciudad hay que ir también a admirar y a sentir...

Las Escuelas mayores comenzaron a construirse de nueva planta en 1415, y en 1433 las terminó el maestro Alonso Rodríguez Carpintero. Favoreció las obras la Reina Catalina de Lancaster, cuyo hijo, D. Juan II de Castilla, cedió el palacio contiguo para Hospital de Estudios. Pero de aquella fábrica no queda nada en la actualidad. Cuanto subsiste hoy recuerda la munificencia de los Reyes católicos.

La fachada principal, toda ella labor de filigrana, es una hermosa obra de arte y tan característica que no se confunde con ninguna otra. Las ojivas de algunas ventanas y los machones rematados en floridos botarelos pertenecen a la época de transición del gusto gótico. Todo lo demás es representación exquisita del arte plateresco.

La puerta está formada por un doble arco escarzano, cuyo vértice de unión se apoya sobre una gruesa columna estriada, a modo de parteluz. Las jambas de los extremos se unen a otras columnas estriadas, adornadas con capitel. Sobre el dintel, destaca en el centro un gran medallón, con los bustos de los Reyes Católicos, sosteniendo el cetro único, símbolo del poder indivisible.

Adornadas cornisas y finas pilastras dividen en tres cuerpos, de cinco compartimentos cada uno, todos adornados con filigranadas labores, la bella fachada de poniente, que según frase de un escritor, semeja recamada dalmática. En el segundo cuerpo resaltan los escudos de los

Reyes Católicos, de Fernando III y Carlos V, y dos medallones con bustos a los lados. En el cuerpo superior, entre prolijas labores, otros medallones, y en el centro, bajo un arco, la estatua del Papa Luna. Los bustos son los de los monarcas protectores de la Universidad, Alfonso IX, Fernando III, Alfonso X, Felipe III, Carlos II, Felipe V y Fernando VII; que también el «Deseado» dió esta prueba de cultura y buen gusto, entre tantas como dió de su grosería y perversidad. Corona el admirable conjunto, que, según Pedro de Medina, costó más de treinta mil ducados, la bellísima crestería, dividida también por filigranadas pilastras.

Delante de la Universidad se extiende una breve y linda plaza, casi cerrada, que tiene en su soledad y en su silencio algo del augusto recogimiento de los templos. Formando sus lados aparecen el edificio del antiguo Hospital de estudiantes, ya citado, cuya fachada la adornan bella cornisa platonésca, esmaltada de agujas y bustos sobre los balcones; el Colegio de estudios menores, de característico gótico y curioso claustro, y algunos más, pertenecientes también a la Universidad. En el centro se eleva, solemne y majestuosa, la estatua del glorioso maestro y poeta Fray Luis León, modelada en Roma y fundida en Marsella, que se inauguró en 1869. La figura del excelso vate inspira devoción y hondo cariño.

Dentro del edificio universitario consérvanse muchos detalles de arte, dignos de admiración. En la gran escalera restan de la época de los Reyes Católicos la bóveda de crucería y el pa-

samanos esculpido, con bajorrelieves de batallas y torres. En el corredor, un techo artesonado, de gruesos cartones y friso plateresco. Una puerta de arco plano, adornado con hojas y figuras de animales, da acceso al gran salón, que restauró Manuel Churriguera, dentro de éste, son detalles de interés, entre las grandes riquezas bibliográficas, los retratos, diversos objetos artísticos y el antiguo y famoso arcón, de curiosos herrajes, que guardó el tesoro de la Escuela.

Pero dentro de esta hay algo más evocador y sugestivo. Son las aulas, en cuyo ambiente parece que falta el perfume de la vieja sabiduría, y especialmente aquella del claustro bajo, en la que Fray Luis explicaba sus lecciones y que se conserva en el mismo estado. Al entrar en ella, nos sentimos penetrados de religiosa unción. A los lados se encuentran los bancos de tosca madera, en los que se sentaron tantas generaciones de escolares y de los que salieron tantos hombres eminentes, que fueron gloria y honra de su Patria; navajas y cortaplumas tallaron en la madera figuras caprichosas y grabaron los nombres de mil desconocidos estudiantes, en el espacio de muchos años. Al frente se encuentra, bajo la imagen de Cristo, la alta tribuna, semejante a un púlpito, con escalerillas a ambos lados, desde la cual explicaba el maestro. Sugestionados ante el espectáculo del aula inmortal, aun creíamos escuchar la palabra austera del insigne y perseguido maestro.

LEÓN ROCH

LA VIDA MADRILEÑA

Reuniones diplomáticas.

EN varias residencias diplomáticas se han celebrado últimamente elegantes reuniones.

En la Legación del Brasil se verificó un banquete en honor del Infante Don Fernando y la Duquesa de Talavera. Además de SS. AA. y del ministro brasileño y la señora de Lima e Silva, asistieron el embajador de Inglaterra, sir Horace Rumbold; marquesa y marqués de Bendaña, duquesa y duque de Sotomayor, duquesas de la Victoria y de Dúrcal, condesa y conde de Heredia Spínola, marquesa y marqués de Santa Cristina, condesa y conde de Paredes de Nava y primer introductor de embajadores, conde de Velle.

También en la misma Legación ha habido un banquete en obsequio de los Príncipes Czartoryski, sobrinos de Su Majestad la Reina doña Cristina, que han pasado unos días en Madrid.

Con los Príncipes y los señores de Lima e Silva, se sentaron a la mesa los Príncipes de Erbach, el encargado de Negocios de Polonia y la señora Jelenska, la señorita de Muguero, el agregado militar de Italia, coronel Marsengo, y el señor Rodríguez Escalera.

El Infante Don Fernando y la Duquesa de Talavera fueron obsequiados asimismo con una comida por el ministro de Chile y la señora de Aldunate.

Concurrieron además D. Jorge Aldunate y señora, los embajadores de Alemania, el ex embajador español señor Polo de Bernabé y señora, los duques de Vistahermosa, los condes de Vilana, el ex ministro Sr. Francos Rodríguez, D. José María Ortega Morejón, el primer secretario de la Embajada de los Estados Unidos, Sr. Martín y señora, y otras distinguidas personas.

El ministro de Checoslovaquia y la señora de Kobr obsequiaron a sus amigos con un té en su elegante casa de la calle de Orfila.

Entre otras personas concurrieron el embajador de Francia, los ministros del Brasil, China y Portugal, con sus señoras; el encargado de Negocios de Polonia y señora Jelenska; el de Suecia, Sr. Berns, marquesa de Aycinena, la vizcondesa y el vizconde de Eza, el general y la señora de Miláns del Bosch, el duque de Vistahermosa y algunos más.

Y el ministro de Portugal y la señora de Mello Barreto han dado en su residencia un té, con objeto de poner en contacto al joven músico por-

tugués Ruy Coelho con los compositores y literatos de España. D. Ruy Coelho es el compositor de la excelente ópera, en tres actos, *Belkiss* (el texto es del gran poeta portugués Eugénio de Castro), que obtuvo el primer premio en el concurso nacional de óperas. Concurrieron al té los Sres. Bordas, director del Conservatorio de Madrid; Lima e Silva, ministro del Brasil; Joaquín Turina, Emilio Serrano, Alonso, Julio Gómez, Ricardo Villa, Acevedo, Angel Castel, Víctor Espinós, José Forns, José Morales Darias, Juan García Mora, Fernando Luca de Tena, José Serrán, marqués de Valdeiglesias, Díez Canedo, Hernández Catá, Gómez de Baquero, Jacinto Benavente, Ramón Pérez de Ayala, Francos Rodríguez, Eduardo Palacio Valdés, Mariano Benlliure, González Blanco, Andrés Révész, Melchor Fernández Almagro, Fresno, Vicente Saulnier, Mario Victoria, Daniel Forteiro, Manuel de Cominges, Palha Blanco, Mascaró y otros muchos que no recordamos.

El ministro de Portugal y la señora de Mello Barreto atendieron a sus invitados con su distinción y amabilidad proverbiales.

En honor del ministro del Perú

En honor del Sr. Leguía ministro del Perú y hermano del Presidente de aquella República, el Cónsul de dicho país en Jerez de la Frontera y la Sra. de Gutiérrez de Quijano dieron un té.

Entre los asistentes estaban el Patriarca de las Indias, condesa de Santa Cruz de los Manueles, marquesa de Vista Alegre, marquesa de Montemira, condesa de Buena Esperanza, marquesa de Unzá del Valle, marquesa Vda. del Dragón de San Miguel de Hajar, condesa Vda. de la Torre de San Braulio y condesa de Baynoa.

Señoras y señoritas de Pulido, Montiel, Vda. de Mayans, Oyarzabal, Montenegro, de la Casa, Oyarza, Gaviria, Torre de San Braulio, Azara, Argudín, Boig y Sanz; el presbítero Sr. Mateos; conde de Baynoa, marqués de Vista Alegre; Agregado a la Legación del Perú en la Santa Sede; conde de Michelángeli; Abril de Vivero, Secretario de la Legación del Perú, Mr. Liou, ministro de China; Mr. Li, Secretario de la Legación de China, Ayarza Ciume, general del Perú en Lisboa; marqués de Unza del Valle y señores Azara, Roig, Sanz, Toledo y Herbeela.

El Sr. Quijano, acompañado al piano por la señorita Blanca Llisó, cantó algunas romanzas y canciones peruanas, siendo ambos muy aplaudidos por la selecta concurrencia.

Comidas aristocráticas.

En el palacio de los duques de Medinaceli se ha celebrado una comida, que fué honrada por los Reyes.

Además de nuestros Soberanos y los dueños de la casa, fueron los comensales la duquesa de San Carlos, el marqués de la Torre de la Torre, la duquesa de Mandas, las duquesas y los duques de Montellano y Plasencia, el marqués y la marquesa de Santa Cruz, la condesa y el conde de Ribadavia, los duques de Alba y Miranda, los condes de la Cimera y Peña Ramiro y el coronel Marsengo.

En el Palacio de los duques de Parcent, ha habido un almuerzo en honor del Príncipe Próspero Colonna, que vino a España con motivo del viaje de los Reyes de Italia.

Con el ilustre extranjero, la duquesa de Parcent y su hija la Princesa de Hohealohe, se sentaron a la mesa la duquesa y el duque de Plasencia, marquesa y marqués de Santa Cruz, duquesa de Dúrcal, marquesa de Martorell, el marqués de Villadarias, el coronel Marsengo y el vizconde de Güell.

En el Palacio de Cervellón se celebró otra elegante comida, sentándose a la mesa, con los duques de Fernán Núñez y sus hijos, el del Arco y el conde de Elda, el embajador de Bélgica y la baronesa Borchgrave; el de Italia, marqués Paulucci di Calboli; el Príncipe de Colonna, Príncipe de Sonnino, la condesa y el conde de Villagonzalo, la condesa y el conde de San Luis, los marqueses de Valdeiglesias, las preciosas señoritas de Landa, Borchgrave y Falcó y Alvarez de Toledo; el consejero de la Embajada de Italia, señor Macario (don José), y los señores Mitjans, Sartorius y Rodríguez Escalera.

Los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria almorzaron uno de los pasados días en el palacio de los marqueses de Viana, en unión de varias aristocráticas personas.

Los condes de Casal han dado una comida en honor de S. A. la infanta doña Isabel.

Y en la residencia del notable escritor marqués de Vinent, se ha celebrado una comida a la que concurrieron el embajador de Bélgica y la baronesa y señorita de Borchgrave, la marquesa y el marqués de Aranda, la duquesa de Dúrcal, la señora de Núñez de Prado, la señorita de Bosch y Labrús, el embajador y académico marqués de Villaurrutia, los marqueses de Hoyos y su hija la duquesa de Algeciras, el conde de Elda, el marqués de Valdesevilla y don Luis Morenes y Arteaga.

RECUERDO HISTÓRICO

DESPUES DE TREVIÑO

V DEL CENTRO AL NORTE

DESPUÉS de la victoriosa acción del 7 de Julio, y cuando las triunfadoras fuerzas de Quesada se disponían a atacar de nuevo al enemigo en Alava y en Navarra, y, cuando finalizaba la campaña carlista en el Centro, merced al esfuerzo de D. Joaquín Jovellar, los vencidos facciosos del Maestrazgo, y de Valencia llegaban a las riberas del Ebro, en las proximidades de los límites de Teruel y de Zaragoza, una muy seria preocupación vino a ensombrecer la gloria del triunfo en el Gobierno, en la Opinión y en los ejércitos vencedores.

Era que el derrotado General carlista D. Antonio Dorregaray, Marqués de Eraul, después de la para él aciaga jornada de Monleó se aproximaba con sus maltrechos batallones al Ebro, para pasar el río por Caspe y sus inmediaciones.

No obstante del abatido espíritu de estas fuerzas, que al fracaso de Monleó tenían que añadir la rendición de Jovellar de Cantavi-ja, como eran numerosas, pues constituían 21 batallones, parecían un peligro si lograban, como era su deseo, llegar al Norte. Marchaban casi sin municiones y, para el Ejército carlista de las Vascongadas y de Navarra, iban a resultar, más que un auxilio, una carga; pero como el verdadero estado de estas derrotadas tropas no era conocido allende el Ebro, ni en el campo de don Alfonso XII, ni en el campo de D. Carlos, y, como por otra parte, Dorregaray procuraba animar a sus soldados prometiéndoles en el Norte auxilio seguro para volver a pelear en el Centro; todo, por su aspecto exterior, daba lugar a la gran actividad observada en el teatro de la Guerra, hacia las fronteras de Navarra y de Aragón.

Ya en la izquierda del Ebro, Dorregaray llegó con sus fuerzas en la provincia de Huesca, hasta Barbastro; pero al saber que el brigadier liberal Delatre intentaba por aquellas cercanías cortar el paso, retrocedió hacia Lérida, logrando solo penetrar en Navarra, el Coronel Agramún, con la llamada brigada de Gandesa.

Poco después de entrar Dorregaray en la provincia de Lérida, y cuando sus tropas se encontraban cerca de La Seo de Urgel, hubo de abandonar sus posiciones, que defendían el Sur de aquella plaza, ante la imposibilidad de luchar, por la falta de municiones, con las muy numerosas y bien pertrechadas fuerzas de Martínez Campos que llegaban a sitiar el postrero baluarte faccioso de Cataluña.

Peleando algunas veces y muchas huyendo ante las columnas liberales, pues los combates tenían que reñirlos a arma blanca los carlistas del Centro, Dorregaray, logró al fin, el 5 de septiembre, entrar en Navarra con 2 batallones valencianos. Allí sus partidarios quisieron que tomase el mando en Jefe, pero D. Carlos, y a instancias del propio general para esclarecer los hechos, dispuso que se le instruyese sumario.

En tanto que el Marqués de Eraul realizaba estos movimientos que constituían la última campaña de un gran caudillo de la Causa, en

tanto que los hechos heroicos y tristes de los vencedores de Monte Muru iban a pasar a la Historia al lado de los de D. Nicolás de Ollo y de D. Torcuato Mendirry, los ejércitos liberal y carlista del Norte, destacaban columnas desde el Ega y el Arga al Aragón y hasta el canal de Berdun. Querían los unos evitar a todo trance que Dorregaray se incorporase con sus fuerzas a los facciosos del Norte y de las Vascongadas, los otros con igual empeño, en conseguirlo; y en esta pugna, los pocos carlistas que desde el Centro lograron unirse a sus compañeros de armas en el Norte, como llegaban desnudos, hambrientos, casi desarmados y sin municiones, fueron sin tardar, considerados, por las Juntas, como a una nueva carga imposible de soportar, tanto más, cuanto que esto venía a unirse a los efectos del bloqueo y destrucción de propiedades facciosas por el enemigo.

Después del combate de Villarreal, como la operación no pudo realizarse en su totalidad y Quesada abandonó las posiciones conquistadas,

carretera de la Capital de Alava a la frontera francesa, lo envolvía por la izquierda.

La operación fué rápida y la resistencia de los carlistas, sorprendidos desde el primer momento, escasa.

Las obras fueron destruidas y la retirada a Vitoria, que se hizo por escalones y por las mismas carreteras por donde habían avanzado, muy poco molestadas por los facciosos.

Mientras que estos sucesos se desarrollaban, era principal objeto de preocupación para el Comandante en Jefe de la Marina que operaba en el Cantábrico, el aumento de artillería en el fuerte que los carlistas tenían en San Marcos; fortificación que dominaba con sus fuegos, no solo el pueblo de Rentería, sino también el Puerto de Pasajes, refugio el único del litoral en la costa cantábrica, Apostadero de las fuerzas navales en campaña y, asimismo, para esta escuadra, depósito de viveres y de carbón, de municiones y de pertrechos de guerra.

No olvidaba Blanco esta circunstancia y así, ante la imposibilidad que el General juzgaba de volver a San Marcos, por falta de fuerzas para ello, su artillería cañoneaba incessante la tan temida posición facciosa, y tales eran los estragos producidos en ella, en sus hombres y en sus piezas, tantos los cañones desmontados y las bajas tan numerosas, que, en el campo carlista, las fuerzas que eran destinadas al fuerte de San Marcos, momentos hubo en que se insubordinaron, alegando que se les hacía subir al matorral.

No obstante, Polo de Bernabé consideraba grave la situación de sus naves y de sus depósitos, pues el enemigo, a pesar del daño que sufría, continuaba, sin cesar, arrojando granadas sobre el puerto, pudiendo hasta provocar un conflicto internacional, si alguno de los proyectiles explotaba sobre uno de los barcos mercantes ingleses que, con carbón para la Escuadra, entraban en la bahía.

Fuó un error funesto el abandonar San Marcos después de haber sido tomado en el Otoño de 1874, y, únicamente recobrándolo de nuevo, desaparecería la situación porque atravesaba el puerto de Pasajes. Pero para ello eran precisas fuerzas con que el General Blanco no contaba, tanto más cuanto que las de los facciosos eran numerosas y formidablemente situadas. Los intentos de apoderarse del imponente cerro habían de costar torrentes de sangre. Forma parte de la vertiente Sur de los Pirineos Occidentales que el Mariscal Moncey, de Napoleón I, consideraba como infranqueables por las armas, causa más tarde de que, el Emperador francés, basado en la topografía de la frontera Hispana, empleara medios falaces para invadir a España.

Por las circunstancias expuestas, Blanco se limitaba a la acción de la artillería y al envío de convoyes a los 32 fuertes construídos o en construcción que constituían la línea de Guetaria a Irún, cuya conducción daba lugar a continuos y mortíferos combates.

Durante este tiempo los facciosos intentaron otra vez el hacerse dueños de Guetaria, pero la pericia del Comandante del Regimiento del Rey que mandaba en la plaza, D. Eduardo López Ochoa, lo evitó, inutilizando el paso subterrá



Descanso en la marcha. — Cuadro de don José Benlliure, premiado en la exposición de Bellas Artes en Madrid en 1876.

se consideró el enemigo vencedor, comenzando a construir, febrilmente, una nueva línea de defensas, al Sur de Villarreal y al Norte de Vitoria, que se extendían desde Betolosa a la Sierra de Arlaban y que tenían su centro en el cerro de Restia, macizo montañoso que, situado entre las carreteras de la Capital de Alava a la frontera francesa y de Vitoria a Bilbao, dominaba ambas rutas por completo.

Como por las observaciones hechas, las nuevas obras de los facciosos demostraban que habían de ser pronto formidables posiciones y por consiguiente un serio peligro para el transcurso de la campaña; Quesada decidió destruirlas, atacando, sin demora, a las fuerzas que las defendían.

Así pues, en la madrugada del 14 de Agosto y a favor de una niebla espesa que privaba al enemigo de la vista de las maniobras del Ejército liberal, Quesada, después de dejar bien cubiertas sus comunicaciones, marchó, desde Vitoria y sus cercanías, en 3 fuertes columnas y una pequeña de reserva a las órdenes, respectivamente, del mariscal de campo Maldonado, de los brigadieres Alarcón y Goyeneche y del Coronel de Artillería Cuadros.

Avanzó Maldonado, sostenido por Goyeneche, por la carretera de Vitoria a la Capital de Vizcaya, envolviendo el cerro de Restia por la derecha, al mismo tiempo que Alarcón, por la

neo que construía el enemigo. Como las comunicaciones con Hernani eran cada día más difíciles y cada convoy allí conducido costaba un muy duro combate; decidió el General en Jefe apoderarse de las posiciones carlistas de Montevideo cercanas a Hernani y que cubiertas de trincheras dominaban por completo la carretera de San Sebastián.

Con las primeras luces del 20 de Agosto, Blanco, después de dejar guarnecida la capital de Guipuzcoa con los voluntarios, y por muy escasas fuerzas algunos puntos que quedaban a retaguardia, después de ordenar al Comandante militar de Hernani, que con sus tropas acudiese también a la acción; emprendió la marcha desde San Sebastián, divididos sus batallones y baterías en 3 columnas: la 1.^a compuesta de 7 compañías de cazadores de Puerto Rico, 2 de las Navas, una de miqueletes y una sección de montaña, Plasencia, al mando del brigadier don Eduardo Infanzón; la 2.^a formada por los cazadores de Estella y 3 compañías de miqueletes a las órdenes del Coronel D. Ramón Olazabal y la 3.^a al mando directo del General Blanco y que constituían 4 compañías de la Reserva número 2, una compañía de Ingenieros, 2 de miqueletes, una batería montada de 10 centímetros Krup y una sección de montaña Plasencia.

Formaba la izquierda de la línea la 1.^a columna, y por Loyola, por las alturas inmediatas al río Urumea y al ferrocarril del Norte, avanzó con la misión de contener al enemigo de la orilla derecha, de envolver en macizo de Montevideo y amenazar la retaguardia de los facciosos. La 2.^a y 3.^a columnas, constituyendo el Centro y la derecha, avanzaron por la carretera de Hernani, hacia el centro y la izquierda del amenazado monte.

Al llegar la 2.^a columna a la altura del fuerte de Puyo, abandonó la carretera por la que siguió Blanco con sus fuerzas, desplegando Olazabal, en vanguardia, las compañías de miqueletes, puestas ya en contacto con las tropas de Infanzón, cuyas vanguardias avanzaban también desplegadas a la misma altura.

Roto el fuego a las 6 y $\frac{1}{2}$ de la mañana, se corre por toda la línea y las fuerzas de Olazabal y de Infanzón, cayeron sobre el enemigo que, en profundas zanjas, trincheras y parapetos, de-

fendía tenaz la serie de alturas que forman la vertiente Norte del cerro de Montevideo.

Veíanse avanzar por el centro a los miqueletes a través de espesos bosques, de pedregosos barrancos y de hondas cortaduras. Brillaban al sol las doradas chapas de las rojas boinas, ondulaban los azules ponchos y los encarnados calzones, terminados en negras polainas, formando contraste con los charolados roses y los vivos verdes sobre fondo azul y grancé, de los cazadores.

Fué el asalto a la bayoneta y en amplios semicírculos, tan arrogantes, tan gallardos, tan impetuoso, que los carlistas, aun batiéndose con la brillantez y bravura propia en ellos, hubieron de abandonar, unas tras otras, sus defensas y el atacado cerro, ante el peligro de un total envolvimiento.

En efecto, en tanto que con semejante pujanza realizaban el ataque los miqueletes y los cazadores de Puerto Rico en el centro y en la izquierda liberal, destacando Infanzón, una compañía de las Navas, y otra de Puerto Rico con la sección de montañas para dominar con sus disparos la carretera de Astigarraga y el puente de Ergovia por donde el enemigo trataría de ganar la orilla derecha del Urumea; Blanco que con su columna había avanzado por la carretera de Hernani, sufriendo el fuego que por su derecha le hacían las posiciones fortificadas de los facciosos; llegó a las 7 y $\frac{1}{2}$, al pie del fuerte de Oriamendi, en donde colocó la batería de 10 centímetros, enfilando sus piezas hacia el cerro de Santiagomendi, desde donde las baterías enemigas disparaban sobre las columnas de don Alfonso XII. Al mismo tiempo y desde el fuerte, ordenó se hiciese al Comandante de la plaza de Hernani, brigadier Vitoria, señal para que a su vez, con sus fuerzas, subiese también al asalto de Montevideo por la vertiente Sur.

En un instante la situación de los carlistas se trocó en desesperada. Un nutrido círculo de bayonetas los rodeaba casi por entero, no dejándoles más salida que el puente de Ergovia, que dominaba la metralla y las balas de los cañones y cazadores de Infanzón.

Aun lucharon con gran bravura los guipuzcoanos defensores del cerro con las compañías del Rey y de Córdoba a cuyo frente iba su bri-

gadier Vitoria, pero como la situación se agravaba por momentos, pues el copo parecía total, sobrevino, sin tardar, el pánico y la retirada en desorden.

Perseguidos por las bayonetas, abrasados por las balas y las granadas, cayendo muchos, huían los carlistas hacia el Urumea, en cuyas aguas se arrojaban, ahogándose no pocos, abandonando en su fuga, morrales, fusiles y correajes.

Se procedió sin demora a fortificar la conquistada altura y de tal modo quedaron restablecidas las comunicaciones entre Hernani y San Sebastián, que llegaron a transitar por la carretera carruajes públicos.

Habiendo solicitado poco después licencia el General Blanco, le fué concedida el día 27, quedando Jefe interino de la división de Guipuzcoa, el General Trillo.

El 28 una granada Krup voló el repuesto de municiones de la batería facciosa de Santiagomendi, ocasionando numerosos muertos y heridos. La noche de este día intentó el enemigo tomar por sorpresa el ya fortificado cerro de Montevideo, pero fué rechazado.

Seguían las operaciones de la escuadra en el Cantábrico, bombardeando constante, los puertos enemigos, la fragata Vitoria, cuyos proyectiles arrasaban, muy principalmente, las fortificaciones carlistas, no sin sufrir la nave liberal, bajas en su dotación y serias averías. La Sirena y la Concordia hacían el servicio de cruceros, sirviendo de aviso a la Capitana el Marqués del Duero.

Cuando con frecuencia y para repostarse de víveres, municiones y de carbón, la Vitoria arribaba al Sardinero, era objeto de verdadera curiosidad para los veraneantes, que en aquel Estío, imposibilitados por la Guerra, de ir a San Sebastián, pasaban en la pintoresca playa inmediata a Santander. Los que entonces eran niños recuerdan hoy la fragata. Ven sus amarillas chimeneas, el negro casco por cuyas portas asomaban los cañones, el blanco y dorado mascarón de proa, las armas reales en la popa y los altor mástiles con los marineros moviéndose en las gavias.

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES

FIESTAS ELEGANTES

EN el palacio de los duques de Montellano ha habido dos elegantes fiestas recientemente.

Una fué la otra noche, en el jardín de la residencia ducal, bellamente iluminado con potentes focos eléctricos.

En la terraza se organizaron partidas de «bridge» y en el jardín, sobre una lona, la gente joven bailó animadamente a los acordes de la orquesta del Palacio del Hielo.

Entre otras distinguidas damas concurren las siguientes:

Duquesas del Infantado, Fernán-Núñez Mandas, Medinaceli, Unión de Cuba, Plasencia, Algeciras y Dúrcal;

Marquesas de Santa Cristina, Bermejillo, San Miguel, Martorell, Rafal, Hoyos, Valdeiglesias, Casa-Pontejos y Villadarias;

Condesas de Heredia Spinola, Villagonzalo, Salinas, Castilleja de Guzmán y San Martín de Hoyos; y

Señoras y señoritas de Béistegui, Santos Suárez, Sclafani, San Miguel y Martínez Campos, Escobar y Kirkpatrick, Rózpide, Creus, Martos y Zabálburu, San Felices, Falcó y Alvarez de Toledo, Castellanos, Tacón, Medina Sidonia, Martínez de Irujo, Travesedo, Villaverde, Mora, Bosch, Camarasa, Moreas y Arteaga y algunas más. A la una se sirvió espléndida cena, reanudándose luego el baile, lleno de animación y

alegría. La fiesta, agradabilísima, duró hasta el amanecer.

La segunda fiesta se celebró en el Palacio de Montellano, con motivo de haber ido a tomar el te la Reina doña Victoria y Su Alteza la Duquesa de Talavera.

También asistieron algunas aristocráticas personas, del círculo íntimo de amistades de los duques.

En el juego de «tennis» del hermoso jardín se siguen celebrando interesantes partidos, en los que toman parte aristocráticos jugadores.

En la elegante residencia de los señores de Béistegui, en la Castellana, se celebró otra agradable fiesta íntima, en obsequio de la encantadora señorita Lolita Iturbe, sobrina de aquellos señores.

Entre las damas que asistieron figuraban la princesa de Hohenlohe; duquesas de Fernán Núñez, Plasencia, Dúrcal, Unión de Cuba, Victoria y Algeciras; marquesas de Santa Cruz, Hoyos y Salamanca; condesas de Heredia Spinola, Yebes y San Martín de Hoyos, y señoras y señoritas de Falcó y Alvarez de Toledo, Montellano, Camarasa, Martos y Zabálburu, Tacón, Castellanos, Mrs. Martín, Mora (don G.), Landa, Martínez de Hoz y Bosch y Labrús, entre otras.

También estaban el embajador de los Estados Unidos, Mr. Moore; el príncipe Max-Egon de Hohenlohe, los duques de Fernán Núñez,

Almodóvar del Valle, Arco y Unión de Cuba; marqueses de Santa Cruz, Hoyos, Veldezevilla y Pons; condes de Elda, Llanos, Peña-Ramiro, Heredia Spinola, Cimera, Escalera y algunos más.

Se jugaron animadas partidas de «bridge» y «mah-jongg».

En la finca de Algete, de los duques de Albuquerque, se ha celebrado una interesante «gymkana» a caballo, en la que tomaron parte muchos jinetes y algunas aristocráticas amazonas.

Entre ellas, las marquesas de Almenara y de Laula, y las señoritas de Cayo del Rey, Fernández de Villaverde, Arteaga, Mortera, Almodóvar y Scláfani, y entre los caballeros los marqueses de Trujillos, Torneros, Canillas, Lorian y Baztán, los oficiales del Ejército señores Ponce y Penche y los señores San Miguel (don Justo), Luque y algunos más.

Se hicieron carreras de cintas, carreras al trote y otras difíciles pruebas hipicas, cual la de rasgar las pantallas de papel, y se otorgaron varias copas como premios.

Además de los dueños de la finca, que obsequiaron a los concurrentes con espléndida merienda, asistieron, entre otras damas, la duquesa del Infantado, marquesa de Jura-Real, condesas de Arenales, Andes y San Martín de Hoyos, y señoritas de Martos y Zabálburu, Muñigo y Castillo.

EVOCACIONES ESPAÑOLAS

LA LECCIÓN DEL PRÍNCIPE

CUANDO la primavera declina nos ofrece todos los años, —desde hace ya cuatro o cinco,— don Víctor Espinós una nueva muestra de su ingenio y de su brillante estilo de escritor castizamente español.

Estos meses últimos no se ha limitado el admirado poeta a ofrecernos un nuevo retablo, —genero en el que se ha especializado acertadamente,— sino que ha emprendido por

varias poblaciones del Reino una noble empresa, en la que se han unido ideales religiosos y patrióticos.

Alentado por justas alabanzas y bendiciones previas de varios eminentes Prelados, comenzó en Valencia una serie de conferencias-lecturas, que tienen por principal objeto la difusión de la cultura y de nobles sentimientos, que deben estar arraigados en las almas de todos los católicos españoles.

«Evocaciones españolas» titula el señor Espinós sus conferencias. Y eso son, en realidad. Porque al leer trozos de sus *retablos* anteriores, evoca ante el auditorio bien las escenas, llenas de unción eucarística de *Antaño o un Corpus viejo en Madrid*, ya la vida universitaria de la antigua Compluto en *Decíamos ayer*, bien la animación popular madrileña y la devoción a San Isidro en *El Cielo y Madrid se casan*, o ya el culto y la adoración que siempre ha inspirado la *Mare de Deu* a los valencianos desde los días del siglo XVII que vieron a Cervantes redimido, después de su

cautiverio en Argel, a los años actuales, en que subsiste en la huerta típica, como en la ciudad, la devoción por nuestra Señora de los Desamparados.

A estas lecturas acompañan prólogos

ligión y del arte patrio. Tiene otros como *El Marqués y el Bachiller* y *La lección del Príncipe* que aun cuando de más reducidas dimensiones, poseen las mismas óptimas cualidades que sus hermanas mayores.

El primero fue representado con ocasión de las fiestas ignacianas; el segundo ha sido dado a conocer este año en el teatro Real, con motivo de la fiesta organi-

zada por las Congregaciones Marianas de España.

Tiene esta obra una ventaja para su representación: la de que no necesita grandes masas, sino solamente unos cuantos aficionados bien dispuestos a contribuir y dar forma real al pensamiento del autor.

La lección del Príncipe, retablo en el que aparece ante nuestros ojos la figura de Fray Diego de Deza en Toro, tiene, además, una novedad, consistente en la reproducción plástica del famoso cuadro de Rosales «El testamento de Isabel la Católica».

En la función del Real a que nos referimos, tuvo *La lección del Príncipe* una adecuada representación, siendo el autor y los intérpretes muy aplaudidos.

En esta página reproducimos dos escenas interesantes de la obra.

Deseamos al señor Espinós que continúe el éxito de sus «Evocaciones» y de sus *retablos*. Y esperamos con interés nuevas modalidades de su talento que, según nuestras noticias, no se harán esperar.



Una de las más interesantes escenas del retablo «La lección del Príncipe».

Foto Antsa.

que, elocuentemente, les pone Espinós y sugerencias musicales, siempre a cargo de un buen concertista, que completan la evocación. La música de Albeniz y Falla y de otros compositores de diversos tiempos, con su poder emotivo suspende el ánimo del oyente y lo prepara para escuchar los versos fáciles y bien contruidos, con sabor arcaico y con encanto enfervorizador, en que abundan los retablos del brillante poeta.

Pero no son solo los retablos citados los que forman o pueden formar el bagaje literario de este peregrino de la Re-



Momento de la reproducción del cuadro de Rosales «El testamento de Isabel la Católica»

Foto Antsa.

Mundo Mundillo

HA comenzado para muchas familias el veraneo y está a punto de empezar para otras. La Familia Real da el ejemplo. La Reina Doña Victoria y sus augustas hijas marcharon a Londres. El Rey sale para visitar el Valle de Arán y pronto las playas españolas del Cantábrico recobrarán la animación de todos los veranos.

También los pueblos de la Sierra del Guadarrama se verán este año muy animados.

Inútil es decir cuán feliz estio deseamos nosotros a nuestros lectores.

ESTÁ siendo muy visitada, en el local de la Sociedad de Amigos del Arte, la admirable Exposición de Códices miniados españoles, entre los cuales hay numerosos ejemplares sorprendentes.

Por la mañana y por la tarde acuden a aquellos salones, dispuestos con tanto gusto, numerosos artistas, historiadores, aficionados y curiosos, que gustan de la contemplación de las bellezas artísticas, y pasan allí largos ratos admirando las inestimables joyas expuestas en las vitrinas, muchas de las cuales constituyen interesantes páginas de historia.

Muchas tardes concurren al local de los Amigos del Arte numerosas señoras de la sociedad aristocrática, que hacen justos elogios de las obras presentadas y de la notable instalación.

La Exposición de códices miniados constituye uno de los más legítimos éxitos de la Sociedad de Amigos del Arte.

BAJO la presidencia de S. A. el Infante don Fernando se ha reunido, en la Iglesia de Religiosas Bernardas, el Capítulo de la Orden militar de San Juan de Malta, para asistir a la función religiosa en honor de su excelso patrono.

La oración sagrada estuvo a cargo del magistral de la Santa Iglesia Catedral, doctor Vázquez Camarasa.

Entre los concurrentes figuraron el Nuncio de Su Santidad, monseñor Tedeschini; duques de Villahermosa, T'Serclaes, Tovar y Arévalo del Rey; marqueses de Quirós, Cenia, Rafal, Artañá, Rocamora, Monteagudo, Ciadoncha, Alava y Casa Torres; condes de Guendulain, Velle, Riudoms, Vado, Heredia Spinola, Montefuerte, Peralta, Arcentales y Vallellano; señores Avilés y Merino, Arco y Cubas, Travesedo y Silvela (don Eduardo y don Manuel) y muchos más.

LA fiesta organizada a beneficio de las Escuelas de «golfos» de María Milagrosa, por la Junta de Damas de que es presidenta la condesa de los Gaitanes; tesorera, la señora de Matos (don Leopoldo), y secretaria, la señora de Silvela (don Jorge), resultó brillante y divertida.

El jardín y la terraza del Ritz lucían una original iluminación de farolillos de colores, y las señoras asistieron luciendo mantones de Manila. Hubo primero una comida de gala, a la que concurrieron más de 200 personas, y a las doce comenzó el baile, lleno de animación, que se prolongó hasta la madrugada.

La concurrencia fué muy numerosa y distinguida.

SE ha dispuesto por Real Decreto, que la autorización otorgada a don José Ventura Roca de Togores, marqués de Molíns, con grandeza de España, vizconde de Rocamora, para designar sucesor o sucesores en las dos expresadas dignidades, sea entendida en el sentido de que dicho don José Ventura Roca de Togores y Aguirre Solarte pueda efectuar designación entre sus hermanos de doble vínculo o los hijos de éstos.

También se ha decretado que la denominación del Título de marqués de Aguilar, rehabilitado a favor de don Juan Fabra Sentmenat, sea y se entienda en lo sucesivo ser la de marqués de Aguilar de Vilahuz, con el fin de diferenciarla de otras dignidades homónimas.

HA sido rehabilitado sin perjuicio de tercero de mejor derecho, el título de marqués de Apezteguía con grandeza de España, a favor de doña María Inés Sanjuanena y Fontagud.

Ha sido solicitada la rehabilitación del título de marqués de Pantoja por D. Juan Losada y González de Villalar, marqués de los Castellones.

LA aristocrática confitería «La Duquesita» prepara para viajes unas elegantes cajas de hojalata, adornadas con reproducciones de obras de Goya, conteniendo exquisitos chocolates, entre ellos sus especialidades de bombones al kirch, al cognac y al ron.

EN casa de los señores de Alfonso y marquesa de O'Gavan, se ha verificado el acto de entronizar el Sagrado Corazón de Jesús, Efectuó la ceremonia monseñor Gómez, capellán del señor Nuncio de Su Santidad.

La fiesta, aunque en familia, resultó muy solemne.

LOS marqueses de Oliver se han instalado en su nueva casa, de la calle de Alcalá Galiano, número 6.

También los señores de Soto Reguera se han trasladado a su nuevo domicilio en la plaza de la Lealtad, número 4, primero.

CON motivo de haber sido agraciado por la Santa Sede con la gran cruz de la Orden de San Gregorio el Magno, está recibiendo muchas felicitaciones el conde de Morales de los Ríos, oficial mayor de la Presidencia del Consejo.

SE ha efectuado en Sevilla el bautizo del quinto hijo de los marqueses de la Granja y Villaverde, imponiéndosele el nombre de Tulio, y siendo padrinos la duquesa viuda de las Torres, representada por la marquesa viuda de las Cuevas del Becerro, y el marqués de Caltojar.

En París ha dado a luz con felicidad un niño, segundo de sus hijos, que recibirá en la pila bautismal el nombre de Guido, la marquesa de Arcangues, hija de los señores de Aramayo.

LA condesa de Medina y Torres se ha trasladado al Real Sitio de San Ildefonso.

HAN sido nombradas damas de la Reina la duquesa de Santa Elena, y las condesas de Villagonzalo y Los Llanos.

Con este motivo están recibiendo muchas felicitaciones.

También han sido nombrados mayordomos de semana de Su Majestad, don Alonso Coello de Portugal, hijo del secretario-tesorero de Su Alteza la Infanta Doña Isabel, y don Alfonso Díez de Rivera.

Ha sido concedida la llave de gentilhomme de cámara con ejercicio, al comandante de Infantería de Marina don José M. de Galinsoga y de la Serna, y al diplomático don Manuel Aguirre y de Cárcer.

LA condesa de Valmaseda, restablecida de su dolencia, ha salido ya a la calle. Con este motivo está recibiendo numerosas felicitaciones.

A la bella Srta. de Monjardín le ha sido practicada, con feliz éxito, una operación quirúrgica.

EN la última tirada de pichón de la Casa de Campo se disputó la copa del marqués del Riscal, siendo ganada por S. A. R. el Infante Don Alfonso.

Enorme liquidación

de vestidos, lanas, sedas y esponjas a mitad de su precio en

LA MUÑECA PARISIEN

Fernando VI, núm. 12

Notas de pesame

GRAN sentimiento ha producido en Madrid la muerte del ilustre artista y muy querido amigo nuestro Don Juan Comba.

Su pérdida está siendo llorada por todos los amantes del arte y por cuantos nos honramos con su amistad.

Discípulo del insigne Rosales, Comba era el decano de los dibujantes de los periódicos ilustrados de España.

Presentado por aquel ilustre pintor, comenzaron a publicarse sus trabajos en «La Ilustración Española y Americana», en 1872, y su firma apareció al pie de notables trabajos en otros importantes periódicos nacionales y en no pocos del extranjero.

No difundido entonces el arte de la fotografía, el dibujo era la base indispensable de la Prensa ilustrada. Por ello Comba, artista inspirado y dibujante admirable, alcanzó gran preponderancia y justa fama.

Cuando la cincografía y luego el fotograbado restaron al dibujo la gran importancia lograda, Comba buscó otros derroteros a su iniciativa y se dedicó al arte decorativo, en el cual alcanzó la misma envidiable reputación, y al estudio del traje regional. En esta materia llegó a ser una autoridad. La Familia Real le profesaba gran estimación.

La lista de sus obras pictóricas sería interminable. Bastará citar el techo de la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda; el del despacho del ministro de Fomento; la pintura mural, de gran tamaño, de la escalera principal del Ministerio de la Guerra; la decoración del salón del teatro de la casa de la Infanta doña Isabel; la bellísima composición «El culto a la Virgen», que está en el palacio episcopal, de Madrid, obras a las que hay que añadir una larga relación de cuadros, acuarelas y retratos.

El maestro Comba era secretario de la Asociación de Escritores y Artistas y comendador de número de la Orden civil de Alfonso XII, de la Corona de Italia, de Carlos III y del Cristo de Portugal; se hallaba en posesión de otras condecoraciones, y entre los títulos de que mejor podía ufanarse, figuraban los de caballero intachable y hombre trabajador, que con la bondad de su corazón y su laboriosidad de siempre, supo conquistarse el afecto cordial de cuantos tuvieron la honra de tratarle.

Con toda el alma nos unimos al dolor de la viuda y los hijos del ilustre Comba.

EL embajador de la Argentina en España y la señora de Estrada, han sufrido una nueva pérdida, que la sociedad madrileña ha lamentado profundamente.

En Bolonia (Italia), donde se encontraba, ha fallecido su hija, la señora Adela Estrada.

Muy de veras nos asociamos al duelo del distinguido matrimonio diplomático, enviándole nuestro sentido pésame.

EN Madrid ha fallecido cristianamente doña Dolores Galcerán, viuda de Pastor, respetable señora que gozaba de muchas simpatías y afectos.

Estuvo casada con don Nicomedes Pastor Díaz, sobrino carnal del famoso poeta y hermano del conde de Sepúlveda. Hijo suyo es don Gabriel Pastor, tan estimado en nuestra sociedad; e hijos políticos el teniente coronel don Manuel de Llanos y Torriglia y doña María de la Gloria Cano, hija del ilustre autor de «La Pasionaria».

A los hijos e hijas de la finada y a sus nietos, así como a los condes de Sepúlveda, enviamos la más cariñosa expresión de nuestro dolor.

EN Bilbao ha fallecido la señora doña María del Carmen Allende, esposa de don Pedro Góvilgar y hermana del senador don Tomás de Allende, a quien, como a su familia, enviamos nuestro pésame.

EL CEREZO ENCANTADO

En las afueras del pueblo y un poco a la derecha de la carretera tiene su su casita la tía Machucha.

Nadie sabe como vive ni de qué vive. Las malas lenguas aseguran que es bruja y tiene pacto con el diablo.

Lo cierto es que tanto en los calurosos días de Julio como en los helados de Diciembre la tía Machucha va al monte, apoyándose en una cayada, y regresa antes de anochecer con su atado de leña seca.

La casucha donde vive tiene un corral con tres gallos y un cuervo por habitantes, amén de un hermoso cerezo siempre lleno de fruta madura. El árbol es, precisamente, la causa de las murmuraciones.

¿Cómo es es posible—se preguntan todos—que un cerezo pueda dar fruto en Noviembre y no dejarlo ni con los rigores del calor ni con los del frío?... ¡Eso no lo puede hacer más que una bruja!

Realmente es muy raro; pero qué queréis; así me lo han contado siempre.

Quedamos, pues, en que la tía Machucha posee un cerezo magnífico. Todos alaban sus cerezas; mas ninguno se atreve a hincarle el diente.

Cuentan los viejos que en una ocasión varios segadores que pasaron por la casucha, atraídos por las cerezas, trataron de arrancar unas pocas, para apagar la sed, y que apenas tiraron de ellas, los gallos les sacaron los ojos y fueron, ya ciegos, a caer en el fondo de un barranco, donde acabaron de morir.

Muy tétrica es la historia; pero de este modo la refieren los que aseguran conocerla a fondo.

Bien; pues fué el caso que la madrastra de Mariquilla tuvo el capricho de comer cerezas en el mes de Enero y como no las había en ninguna parte más que en el árbol de la tía Machucha, la madrastra ordenó:

—¡No admito réplica! ¡O me traes la fruta que te pido o no vuelvas más por aquí!

La infeliz Mariquilla se echó a temblar. ¿Cómo atreverse a robar la fruta del árbol encantado? Pero como su padre estaba fuera y su hermanito Rodolfo apenas tenía cinco años y no la podía defender, llorando a todo llorar, tomó su cesta y se encaminó al corral del cerezo.

Ya podéis suponer cómo iría la pobre.

Por fin llegó junto al árbol. ¿Qué hacer? Su primer impulso fué volver sobre sus pasos; mas se acordó de lo malísima que era su madrastra y haciendo de tripas corazón se encaramó en la tapia. Miró dentro. No había nadie. Sólo el cuervo paseábase de un lado a otro. Un poco más animada agarró un racimo y tiró.

¡Nunca lo hubiera hecho!

Acto seguido, cual si tirasen de mil campanillas a la vez, comenzó a sonar el árbol. A su ruido acudieron tres monos negros, montados sobre sendos gallos rojos, mientras el cuervo no cesaba de gritar:

—¡Socorro, tía Machucha, que nos roban!

Mariquilla, soltó la cesta y cayó desmayada. Cuando volvió en sí, se encontraba encerrada en una jaula de hierro, con plato de sopas al lado y una cazuela llena de agua.

Uno de los monos, con una escoba al hombro, hacia de centinela.

Mariquilla le llamó por mil nombres cariñosos, pero el animal, muy grave, no le hacía caso alguno.

En esto vió llegar al cuervo.

—Este me responderá—pensó la niña.

Y le dijo:

—Señor Cuervo, ¿me podéis explicar para qué me han encerrado en esta jaula?

El cuervo se atusó las alas y repuso:

—Se te ha encerrado ahí para que tengas el honor de servir de almuerzo al Rey de los Ogros, que vendrá el domingo a comer con mi ama.

Mariquilla se estremeció.

Luego hizo la señal de la cruz y púsose a pensar en su hermanito.

La madrastra, al ver que no volvía Mariquilla, daba voces tremendas:

—¡Esa estúpida no sirve para nada! Segura estoy de que se habrá entretenido por el camino con cualquier tontería, mientras yo me muero de deseos por las cerezas.

Conque se dirigió a Rodolfo y agarrándole por un brazo, le exigió:

—¡Hala, tú, papanatas! ¡Vé, más que a prisa por la fruta del cerezo, y si encuentras a tu

volaban por los aires con los monos sobre sus costillas frágiles. El cuervo comenzó a crecer, a crecer, hasta alcanzar el tamaño de un buitre. La tía Machucha y el Ogro aparecieron con sendos cuchillos en la mano y profiriendo voces horribles y amenazas. Mas Rodolfo no se inmuta y fiel al lema de «Siempre adelante!» avanza sin hacer caso.

Ya el Ogro está junto a él dispuesto a clavarle el cuchillo; pero Rodolfo no retrocede y cuchillo y Ogro se convierten en humo.

El cuervo gigantesco se precipita sobre el niño, después. El niño no hace caso y el cuervo, como el Ogro, se transforma en humo.

Sólo queda la tía Machucha dispuesta a terminar con el intruso.

—Oye, monín—le dice—Eres muy valiente y en premio a tu valentía, he decidido perdonar a tu hermana y colmaros de regalos. ¡Ven por aquí! Quiero que conozcas los secretos de mi casa.

Rodolfo, sin decir palabra, sigue a la vieja. Esta le lleva hasta una habitación, en cuyo centro había una trampa para bajar a una cueva. La tía Machucha tiró de una argolla y apareció una escalera reluciente.

—¡Baja, hijo mío! ¡Verás que tesoros hay para tí!

Pero Rodolfo, que era muy listo, se acercó a la bruja, la dió un empujón y ¡zas! la tiró escaleras abajo y cerró la trampa.

Dentro se oyeron gritos de angustia. Eran los reptiles y fieras que destrozaban a la tía Machucha y que habrían destrozado a nuestro héroe de haberse dejado engañar.

Conque rápidamente, corrió a la jaula donde Mariquilla estaba medio muerta de miedo; la sacó de allí; se abrazaron y ya iban a salir, cuando el pajarillo que antes hablara a Rodolfo, volvió a decirle:

—No os vayáis, sin llevar a vuestra casa el saco de carbón que hay junto al horno.

Efectivamente; allí había un saco, pero tan grande y pesado, que no podían con él. ¿Qué hacer en vista de ello?

Mariquilla, que tenía hambre, arrancó unas cerezas del árbol y apenas dió el tirón, cuando apareció un gigante.

—¿Qué deseas de mí?

—Deseo que nos lleves este saco hasta la casa de mi padre.

Y así fué.

Cuando llegaron, la madrastra había desaparecido. Según decían los vecinos, vieron que tres gallos y tres monos se la llevaban por el aire.

¡Vayan al infierno!

A los pocos días regresó el padre, que se abrazó a sus hijitos y dió gracias al cielo por haberle librado de aquella harpia. Venía sin dinero y lleno de angustia, por haberle fracasado sus negocios y venía tritandando de frío.

—¿Hay carbón en la cocina?—preguntó.

Los niños dijeron que sí y cuando abrieron el saco, lanzaron un ¡oh! de asombro.

El saco estaba lleno de oro purísimo.

Fueron ricos, felices y hermosos, gracias a las creaciones «Flores del Campo», de Floralia.

El pajarillo fué a vivir con ellos.

Andando el tiempo, se enamoró de Mariquilla, y como era un príncipe encantado, volvió a su forma primitiva.

Y hubo una princesa más por el mundo.

PRÍNCIPE SIDARTA.

ANTES DE IR AL BAILE

AL CINE ❀ AL TEATRO ❀ AL SPORT

USE LA LOCION HIGIENICA

SUDORAL

LA UNICA QUE «SIN SUPRIMIR» EL SUDOR, LA DESODORA E HIGIENIZA SIN MANCHAR EL VESTIDO

RECOMENDADA POR TODAS LAS EMINENCIAS MEDICAS, COMO EL UNICO ESPECIFICO PARA SUPRIMIR EL MAL OLOR DEL SUDOR

... CREACION DE LA ...

PERFUMERIA FLORALIA

hermana por esos campos, dila que se prepare a recibir mis caricias!

Rodolfo se alegró en el fondo, pues como buen hermano no deseaba otra cosa que correr en busca de Mariquilla. Por eso, sin hacerse repetir la orden, salió de estampía en direccion al corral de la tía Machucha.

Al pasar junto a un olivo, un pajarillo azul le advirtió:

—¡Cuidado, Rodolfo! Tu hermanita está presa y mañana se la comen. Cuando llegues al árbol de las cerezas, no tires de las maduras y sí de las verdes. Luego no retrocedas ante nada, que sólo te salvarás y salvarás a Mariquilla si continúas siempre adelante.

El niño dió las gracias a la avecilla y prosiguió su camino.

A los pocos pasos se detuvo delante del cerezo. Por fuera de la tapia colgaban, tentadoras, recimos de la fruta roja, que estaban diciendo: «¡Comedme!» Pero Rodolfo, acordándose de los consejos del pajarillo, buscó dos cerezas muy verdes y muy raquiticas, que apenas distinguíanse entre las hojas. Conque, ni corto ni perezoso, tiró de ellas.

¡El resultado fué magnifico! Un trueno espantoso siguió a la sacudida, mientras los gallos

SENAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES

DE LA
FRANCAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53-44 M.

Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES

Carmen, núm. 4. — MADRID. — Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14. — Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO

IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME

GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.º S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID. — Alócha, 65. — Teléfono M. 38-75.
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - BABATRAVA, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS

SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA — VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS — CRISTALERIA — LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVIL-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCINI

Miguel Angel, 31. — MADRID. — Teléfono J. — 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41. — MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LAMARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS

ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS — BOLSILLOS — SOMBRILLAS — ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social... } 1.000.000 de pesetas suscrito.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

Casa APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.

•••••

TELEFONO 29-5

LA SONRISA DE ALFONSO XIII

CON ocasión del último cumpleaños de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, el ilustre poeta español don Francisco Villaespesa escribió en Lima, donde a la sazón se encontraba, el siguiente artículo. Fue hecho el trabajo expresamente para *El Diario Español* de Buenos Aires y publicado por éste en el mes de Junio. De él lo tomamos nosotros, en la seguridad de que habrán de agradeceréanos nuestros lectores.

Dice así:

«Contempladle... Erguido como una esperanza, sobre la carroza de honor, saluda militarmente, con un gesto noble y amplio de dominio, a la muchedumbre que le ovaciona frenética.

La figura, juvenil y gallarda, tiene algo de la gracia fuerte y de la esbeltez ágil de un discóbolo clásico, tallado, para la eternidad de los tiempos, por el cincel de Diómenes, en las guirnalda líricas de un friso del Paternón. Su sonrisa, cálida y luminosa, — desbordamiento radiante de su alma, — enciende, en la palidez gris y tenue del cielo de París, una llamarada gloriosa de sol de España...

De súbito, una explosión enorme: ¡una humareda fatídica!... ¡Aletea el fantasma de la Muerte, en un trágico silencio de pavor!... Y, entre las nubes de humo que se disipan en la serenidad borrosa de los cielos, el cacarear espantado de los corceles de la guardia, y el arremolinarse clamoroso de la multitud enloquecida de pánico, el brazo juvenil y regio, galoneado de oro, torna a saludar militarmente, sin un estremecimiento, como en una parada palaciega... Y en los labios imberbes, indiferentes al peligro, vuelve a abrir su corola de fuego, una sonrisa luminosa y cálida como la flor más roja de los jardines de Valencia...

París entero, ébrio de entusiasmo, con los brazos tendidos, como en una epopeya triunfal, vocifera hasta enronquecer, en un clamor oceánico: ¡Vive le roi d'Espagne!...

Con aquella sonrisa estoica ante la muerte, aquél valor épico, conquistó, definitivamente, para España y para su agosto Monarca, el corazón siempre caballeresco y romántico, tan latinamente apasionado y tumultuoso, de la Francia heroica...

«Contempladle, de nuevo!... Bajo la gloria nupcial del sol de Mayo, desfila majestuosamente, el largo cortejo de honor, en una fastuosa e inacabable policromía de pompas asiáticas.

Arrozas históricas de maderas olorosas de Arabia, de palosanto de las Indias incrustadas de nácares y de carey, con relieves y románticas de oro y argentería, arrastradas por fogosos corceles con gualdrapas y paramentos de sedas multicolores, y airosos y bizarros penachos, en cuyas plumas se descomponen todos los tonos del iris... Y, dentro, luciendo espléndidos atavíos o vistosos uniformes, resplandecientes de joyas y de condecoraciones, las más hermosas y linajudas damas de la Corte, y los más soberbios príncipes de la tierra... Atruenan el oro de los clarines... Relampaguean los aceros, acuchillando el aire fragante a epitalamio, con fugitivos resplandores de sol... Deslumbra la plata viva de los cascos empenachados. Y, sobre la multitud apretujada en una ansiedad expectante de hermosuras, flamea, orgullosamente, en la fulguración primaveral de la hora, el oro pródigo y la púrpura magnífica de la bandera de España... Las manos de millares y millares de seres humanos se fatigan de aplaudir, y los labios se extenuan de vitorear... Todas las flores de la Primavera descienden sobre la carroza real; y las palomas, tan amadas de Eros, aletean, alegremente, sobre su techumbre blasonada en un revuelo cándido y místico de esperanzas, como en una alegoría del Amor...

De súbito, una flor de muerte esparce su acidez sulfúrea y corrosiva entre el perfume de tantas y tantas flores... El estallido es formidable, como el reventar insólito y simultáneo de cien cañones...

Gritos y alaridos, donde el terror

de angustia; cuerpos desgarrados que se retuercen en desesperadas y dantescas agonías; caballos deshechos, con los vientres al sol, chorreando sangre, como en la epiléptica tragedia de los circos; oleadas despavoridas de multitud que chocan y se atropellan en una fuga cinematográfica de erizante pesadilla... La carroza real se tambalea, como ébria de espanto al angustioso estertor de los corceles moribundos... Al pie de la portezuela blasonada, se desangran dos palomas...

Don Alfonso... desciende, y, sereno y galante como en el más ceremonioso besamanos, ayuda a bajar a la elegida de su corazón, que tiembla y palidece bajo sus galas nupciales... Y, otra vez, en los labios del Rey adolescente, vuelve a florecer la sonrisa cálida y luminosa como un clavel sevillano...

La multitud, como por milagro, reacciona en aplausos y en vitores ensordecedores. Los soldados del regimiento de Wad-Rás, inmóviles en sus puestos, le aclaman frenéticamente, entre un himno estruendoso de clarines y una epopeya trepidante de tambores.

Y, aquella sonrisa heroica, aquél rasgo de valor tremendo, conquistó, plenamente, para la Monarquía, casi todos los corazones republicanos de España...

—¡Viva el Rey valiente!—fué el grito unánime de veinte millones de españoles... Y, desde entonces, Don Alfonso XIII, es el idolo de su pueblo...

Ningún Monarca español ha ocupado el Trono, en circunstancias tan críticas. Desorganizados, por la muerte de sus principales caudillos y por la liquidación moral de las catástrofes coloniales, los viejos y tradicionales partidos

políticos; perdido todo ideal histórico; con la Hacienda en bancarota, y, extraviadas, en las utopías más estériles y peligrosas las aspiraciones del pueblo; todo hacia presagiar una nueva era de convulsión y de tragedia... La catástrofe se masticaba en el aire...

Sin embargo, la actitud enérgica y tenaz, medularmente española del joven Monarca, se impuso sobre todo y su valor y su firmeza ante el peligro y ante la muerte reconquistaron todas las simpatías y encendieron todos los entusiasmos... Se dejó de hacer política para hacer Patria...

Jamás surgió de las fraguas legendarias de Toledo un acero mejor templado que la voluntad firme y enérgica de este joven Monarca, en cuya figura augusta parecen culminar las más altas virtudes de su estirpe. Valiente y bizarro como Enrique IV, liberal y magnánimo como Carlos III; y, castizamente popular como su padre, el malogrado Alfonso XII; a su fecunda y constante iniciativa se debe el renacimiento actual de la gran patria española. El supo alentar a los hombres que debían guiar la nave del Estado entre tantas tormentas y tantos escollos, seleccionándolos entre los que menos se habían dejado influenciar por el pesimismo ambiente...

Con su ejemplo personal ha fomentado el amor al cultivo de la tierra aspirando a ser el primer agricultor de España. Su magnanimidad y su justicia no conocieron jamás, amigos ni enemigos. Gracias a su entusiasmo se han desarrollado nuevas industrias, intensificándose prodigiosamente el comercio...

Y si los artistas y los pensadores han vivido, durante algún tiempo, un tanto distanciados del regio alcázar, no ha sido porque se les cerrasen sus puertas de oro, abiertas constantemente a todos los impulsos generosos del espíritu, sino porque el orgullo hurano y altanero de esas almas de selección, — erguidas y encariñadas con la serenidad excelsa de sus torres de marfil, — no se acercó a sus umbrales acaso por no tropezarse, en ellos, con tanta y tanta mediocridad política... Nadie más interesado que este gran Rey, por el movimiento espiritual de su raza, y por todos los problemas que entraña la cultura hispánica...

Aún recuerdo las bellas palabras de aliento que se dignó prodigarme, en el palco regio del teatro de la Princesa, de Madrid, en la noche, para mí inolvidable, del estreno de mi *Leona de Castilla*

—Hay que exaltar las altas virtudes de la raza; revivir los momentos culminantes de nuestra historia, tan pródiga en épicas gestas y en sobrehumanas y heroicas individualidades, para construir, con los materiales de nuestras glorias pretéritas, el más sólido y bello monumento del porvenir!...

Las más excelsas figuras representativas de nuestra raza: Don Pelayo, El Cid, San Fernando, Cisneros, Gonzalo de Córdoba y Hernán Cortés, están pidiendo una reivindicación y una idealización inmediatamente cumplidas... Ustedes, los poetas, tienen la palabra... «Hay que destruir el pesimismo de los unos, y, el culto por todo lo extraño, de los otros, para vigorizar el organismo nacional». Al evocar estos nombres gloriosos y ejemplares, su voz vibraba de emoción, y por el fondo de sus grandes pupilas, parecían desfilas, en un apoteosis triunfal, todas las maravillosas gestas de nuestra raza...

Y, generosamente, en un arranque de entusiasmo, me ofreció, para documentarme, los archivos y las bibliotecas reales.

—¡Crearemos una España nueva, forjada por el esfuerzo y la labor de todos!...

Y en sus labios joviales floreció una viril sonrisa de optimismo... Y ante aquella sonrisa desbordante de esperanza y de fe, que, hoy, irradia aún como un símbolo de paz sobre las humeantes ruinas de Europa, yo tuve la visión espléndida de fuerza y tumultuosa de vida de la gran España futura...

FRANCISCO VILLAESPESA.

Lima, 17 de Mayo de 1924.

UNA FIESTA EN GRANADA

Con asistencia de toda la Sociedad granadina se ha celebrado en el Palacio que los Sres. de Contreras y Pérez de Herrasti poseen en Granada, una fiesta literaria en honor de su pariente el ilustre poeta marqués de Lozoya.

Después de un bello prólogo, Matilde y Joaquín Contreras y Fernández Andrada recitaron lindísimas poesías del marqués de Lozoya, y la bella marquesa de Cartagena, con un arte exquisito, dijo «La peregrina», en la que el vate canta inspiradamente el dolor de la Reina «Locas». Al terminar esta composición, se reprodujo el famoso cuadro de Pradilla, de un modo irreprochable.

En la segunda parte de la fiesta se decoró la escena en aquel lindo teatro de la naturaleza, con antiguos muebles, para estrenar la «escena romántica» en dos cuadros, del marqués de Lozoya, titulada «Por la Reina», preciosa evocación del año 1840.

Representaron admirablemente la escena Matilde Contreras, que demostró ser una consumada artista; José Nestares, Antonio Gallego y Burín, Manuel Fernández Prada y Javier Andrada.

Esta fiesta de arte y poesía, dejará gratísimo recuerdo en la sociedad granadina.

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos—Marrons

Glacées—Caramelos finos.

Cajas para Bodas

SALON DE TE

Serrano, 28

LOS NIETOS DE NARVAEZ

UNO de los últimos acontecimientos más gratos para la Sociedad madrileña ha sido, sin duda alguna, la boda de la señorita de Oquendo.

La bella señorita Matilde Narváez y Ulloa, hija del matrimonio de Don Ramón Narváez y del Aguila, marqués de Oquendo, y Doña Ramona de Ulloa y Calderón, ya difunta,—hija que fué de los marqueses de Castro Seca,—ha unido su juventud a la de Don Antonio Pérez de Herrasti, conde de Antillón, primogénito de la marquesa de Albayda.

En otro lugar de este número se da cuenta de este enlace, con el cual la señorita de Oquendo no ha hecho sino seguir el ejemplo que hace dos años le dió su hermana María, al contraer matrimonio con Don Alfonso Díez de Rivera, hijo del marqués de Valeriola, conde de Sanafé.

Con motivo de la boda de ahora, la señorita Matilde Narváez recibió innumerables regalos e incontables manifestaciones de afecto, y la señorial residencia del marqués de Oquendo, en el Paseo del Cisne, se vió durante varios días concurridísima por los numerosos amigos de la noble familia, que acudieron a ver la canastilla de boda.

Noble familia he dicho, y en verdad que bien pueden ostentar la calificación de nobilísimos los herederos de aquel famoso capitán general de nuestro ejército, que fué durante una época árbitro de los destinos de España, y cuyos méritos y servicios fueron recompensados con la concesión del ducado de Valencia, en 1847, o sea cinco años después de su matrimonio con la distinguida dama francesa doña Alejandrina Tascher. Y si bien no tuvo de ella hijos, don Ramón María Narváez—careciendo por tanto de sucesión directa,—los hijos y sucesores de su hermano fueron de hecho los continuadores de su nombre y representantes de su prestigio, puesto que son los que sienten correr por sus venas la misma sangre de aquel político y soldado que floreció en uno de los períodos más turbulentos de nuestra historia contemporánea. Son ellos—los que ahora ostentan los heredados títulos, los verdaderos nietos de Narváez. Son ellos los que hacen surgir en nuestra imaginación, al conjuro de su apellido, la figura del ministro de Isabel II.

¿Quiénes forman hoy la ilustre familia? Como jefe de la casa aparece el actual duque de Valencia, nieto del segundo duque don José María Narváez y Porcal, que ostentó también los títulos de marqués de la Cañada Alta y vizconde de Aliatar. Este prócer casó con doña Concepción del Aguila y Ceballos, marquesa de Espejo, de cuyo enlace nacieron cuatro hijos: don José María, que fué luego duque; don Ramón, que es el actual marqués de Oquendo; doña María de la Concepción y doña María del Rosario.

Don José María Narváez y del Aguila fué un aristócrata cuya caballerosidad y simpatía eran proverbiales en Madrid. Su figura erguida y su noble rostro, acompañado de grandes barbas blancas, se recordarán aquí siempre con gran afecto. En 1915, hace siete años, falleció el tercer duque de Valencia, pasando el título a su primogénito, el actual duque, don José María Narváez y Pérez de Guzmán el Bueno, habido en su matrimonio con doña María Luisa Pérez de Guzmán el Bueno y Gordon, hermana del actual conde de Torre-Arias.

El IV duque, que une a los títulos de su abuelo el de marqués de Oviaco, está casado con doña María del Carmen Macías y Ramírez de Arellano, hija del teniente general Macías, de la que tiene varias hijas. Hermano suyo es don Ramón Narváez, que vive con su madre, la duquesa viuda de Valencia.

El marqués de Oquendo—tío, por lo tanto, del actual duque,—recuerda en su señorial figura la de su hermano mayor; pero su barba, redonda y ancha, dista aún mucho de ser toda blanca. Es maestrante de Granada y tiene de su matrimonio con la finada doña Ramona de Ulloa, los siguientes hijos: don Luis María, casado hace tres años con una señorita de Coello de Portugal, nieta del conde de Pozo Ancho del Rey, secretario-tesorero que fué de la Infanta

doña Isabel; doña María de la Concepción; doña Matilde, que es la ya condesa de Antillón; doña María del Dulce Nombre, que es la señora de Díez de Rivera, y don Alfonso, cuya boda con la señorita Mercedes Patiño y Fernández Durán, hija de los marqueses de Castelar, está anunciada para el próximo mes de Diciembre.

Las dos hermanas del anterior duque de Valencia y del marqués de Oquendo, ostentan nobles títulos. Doña María de la Concepción Narváez y del Aguila es la marquesa de Cartago, distinguida dama, cuyas obras piadosas son constantes, y doña María del Rosario es la esposa de don Buenaventura Peñeyro y Aguilar, barón de Molinet, tío carnal del actual marqués de Bendaña.

Tales son los Narváez que hoy traen a nuestro recuerdo la figura del caudillo, toda energía y entereza, autor de la famosa frase «gobernar es resistir», que suscitó en torno suyo las más entusiastas admiraciones y los más apasionados enconos. Y ya que del gran Narváez hablamos, bueno será que recordemos, en atención a la nunca bastante ponderada amenidad, dos anécdotas, de cuya autenticidad nos responden prestigiosos historiadores. Refiérese la una al Narváez impulsivo y enérgico; la otra al Narváez enamorado.

Hallándose el general en París, y siendo ya un hecho sus relaciones con la hija de los condes de Tascher de la Pagerie, invitaronle éstos a pasar una temporada en un castillo que poseían en las inmediaciones de la capital. Aceptó Narváez, y como a los postres de la primera comida los comensales, entre los que se encontraba un coronel francés, le rogaran que contase sus hazañas, empezó por referir cómo en 1823, en lucha con los franceses, había caído prisionero de éstos, que le condujeron, en Lille, a un estrecho calabozo. El coronel, válido de la confianza con que allí se trataba ya a Narváez, exclamó al oír lo del calabozo: «Alguna tunantería cometería usted...» Nunca lo hubiera dicho, ni aun en tono de broma. De pie, rojo de ira, protestó contra esa frase y pronunció otras violentísimas contra el coronel, contra el ejército francés y contra Luis Felipe. Y después, sin aguardar a más, salió de la casa, y con su fiel criado «Bodega» se alejó por el camino a paso largo para esperar la diligencia de París. Allí nombró sus padrinos al general Córdova y a don Patricio de la Escosura, quienes le impusieron la condición de que había de retirar sus ofensas al Rey y al ejército. Así lo hizo, y la cuestión quedó limitada al coronel. Este segundo punto también se arregló luego; pero lo que estuvo a punto de desarrregarse fué el matrimonio, pues los condes de Tascher quedaron gravemente ofendidos. Sin embargo, como en el fondo Narváez no había tenido propósito de ofender, puesto que solo procedió dejándose arrastrar por su carácter violento—que tantas otras veces le sirvió de mucho,—y como la muchacha estaba de verdad enamorada de él, no tardaron las aguas en correr de nuevo por su anterior cauce, y no se

hizo esperar luego la solemne ceremonia de la boda en París.

Pero si ese fué Narváez en buena parte de sus actos, hubo otros muchos en su vida que nadie hubiese podido creerlos, a no ser por la existencia de documentos que lo acreditan. Su esposa logró, en los primeros años de su matrimonio, transformar aquel fiero león, que a sus enemigos imponía, en un corderillo atento a sus más fugaces caprichos. Así, las cartas que desde Madrid escribía a su esposa, que se hallaba en París, reflejaba ese cambio. La llama *biqué* o *biqui*, cariñosamente, y en las cosas que le dice o le encarga, se ve al gran hombre preocupado por detalles pequeños. ¿Se concibe a Narváez, en plena Presidencia del Consejo, «rodeado de tantos enemigos como vivientes» había en Madrid, según frase propia, preocupado en la cuenta del sastrero y del zapatero y hablando de unas peladillas que le había traído a Madrid la marquesa de Miraflores? Y unos meses después, cuando la esposa vino a la Corte y fué nombrada dama de la Reina, Narváez, convertido en Príncipe de Tascher de la Pagerie, como sus adversarios le llamaban únicamente, pareció más de una vez un mozaibete tímido junto a su bella y aristocrática consorte. ¡Debilidades de los grandes hombres!

Y es curioso recordar el hecho de que este mismo ilustre general, que fué tenido durante mucho tiempo como símbolo de dictador o poco menos, políticamente hablando, se sintiera, no ya en sus relaciones amorosas esclavo humilde, sino en cierta ocasión poeta enamorado de la libertad. Fué en un banquete de la milicia nacional en Cuenca, Narváez, cuyo nombre estaba entonces en auge por la heroica aureola que le circundaba después de su herida en la batalla de Arlabán, escribió al final del banquete unos versos, que recitó... y que le valieron la orden de detención del gobierno; orden que no llegó a cumplimentarse, por haber surgido, de pronto, una crisis política. La poesía en cuestión fué un soneto, cuyo último verso decía: «Viva la libertad y el despotismo muera!»

Pero los tiempos cambian. Hoy los nietos de Narváez, educados en el ejemplo de los méritos del caudillo, pero sin participar de sus exaltaciones y violencias, son, como él, sinceros patriotas, y han hallado en su cultura y en sus temperamentos equilibrados, los timbres más preclaros para poder seguir honrando el título y el apellido de quien los hizo famosos.

Ahora, el marqués de Oquendo, su más cercano representante, por ley de la edad, es la encarnación del noble aristócrata español, que se preocupa por los problemas sociales y que estima—no en un arrebatado de poeta, sino reflexivamente—la libertad como algo inherente a la naturaleza humana.

Así, hace dos años, cuando el que esto escribe se hallaba con él en su despacho—una severa estancia decorada con muebles de estilo español, con una imagen del Greco y con un cuadro de velazqueña traza,—y le hablaba de los regalos que, según la prensa, había recibido su hija María, al casarse, decía con voz convencida: «He estado preocupado, con la publicación de esa lista de regalos. Creo que su lectura, por el público en general, es más bien perjudicial que beneficiosa. El obrero que lee que a la hija del marqués o del conde de Tal le han regalado esto o lo otro, no puede menos de pensar en la desigualdad humana y se siente poco menos que anarquista. Y sin embargo, no tendría razón. Si a ese mismo obrero se le dijese que con estos de roches de lujo se mantienen multitud de industrias, en las que hay empleados millares de operarios, acaso pensaría de otro modo. Y merecen ellos que trabajen esas explicaciones, ya que de su labor disfrutamos todos aquellos a quienes la Providencia puso en otro plano social.»

Nada tan sensato. El marqués de Oquendo, don Ramón Narváez, saber ser al mismo tiempo digno representante de pasadas glorias y hombre moderno de ideas propias. Por eso ocupa un lugar distinguido entre la actual nobleza de España.

DIEGO DE MIRANDA.

DOLOR DE AMOR

(Después de haber tocado en el piano el *Miserere* de Eslava.)

Concluí de tocar esa asombrosa página de sublime inspiración; y una dulce y tiernísima aflicción desgarró de mí espíritu la rosa. Surgió ante mí la Catedral grandiosa, en una maga espiritual visión, y la trágica noche de Pasión, tan triste, tan solemne y misteriosa. Comenzaba la orquesta a sollozar; de las dolientes voces, ¡cuál el llanto! ¡Cuáles sus alaridos de dolor! ¡Miserere!... ¿Por qué al recordar aquel inolvidable Jueves Santo el alma llora, con dolor de amor?

ADOLFO DE SANDOVAL.